

1  
I  
704

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

R.31. 873

ANT  
XIX  
782

NILO MARÍA FABRA

---

EL

# Problema Social

---

SEGUNDA EDICIÓN

PRECEDIDA DE UN ESTUDIO SOBRE EL SOCIALISMO

POR

D. EMILIO CASTELAR

---

ILUSTRACIONES DE UNCETA, LUCAS, REGOYOS  
Y ESTRUCH

---

FOTOGRAFADOS DE LAPORTA



MADRID  
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ  
Carrera de San Jerónimo, núm. 2

1892



---

Es propiedad de su autor.  
Quedan hechos los depósitos  
que marca la ley.

---

---

Est. tip. «Sucesores de Rivadeneyra», Paseo de San Vicente, 20.





Emilio Castelar

---

## EL SOCIALISMO.

---



Por socialismo se entiende una serie de escuelas más ó menos contradictorias que, ora dividiendo la sociedad en castas, ora juntando bajo un ideal religioso en comunidad de ideas y de intereses varias familias, como en las primitivas escuelas pitagóricas, en las sectas esenias, en las agapas cristianas; ora apareciendo como un espejismo de soñadas felicidades en esas utopias de Tomás Moro, de Campanela, de San Simón,

---

aspiración poética más que aspiración política, deseo de mejoramiento más que fórmula de progreso, han venido, en último término, á tratar exclusivamente las relaciones del capital y del trabajo, no para fundarlas en las leyes del derecho, sino en las leyes artificiales del Estado que, cuando se oponen á la naturaleza humana, cuya característica es la libertad, han de dar por resultado inevitable, fatal, lo arbitrario y lo absurdo, generadores de toda tiranía. Este es el sentido general de la palabra socialismo. Pues bien: como aspiración vaga, no puede ser una fórmula precisa que encarne en la realidad social; como nombre común de escuelas contradictorias, no puede ser el dictado de un partido; como ciencia que sólo se atiene á una parte del inmenso problema, no puede ser bandera política; y como contradicción radical de la libertad, como antítesis manifiesta del derecho, no puede ser, no, el ideal sublime de la democracia, sino el ideal de los que tienen la vista vuelta atrás, y lo esperan todo del poder del Gobierno y del criterio del Estado. Porque no hay que decir, como han pretendido muchas escuelas, que su socialismo no es el socia-

lismo por el Estado. Regeneradores de la humanidad, no os creemos. La palabra socialismo no significa más que desconfianza en los medios y de los procedimientos de la libertad. Insistís todos los socialistas en que el socialismo no es por el Estado. ¡Ah! No es el socialismo por el Estado, y maldecís la libre concurrencia; no es el socialismo por el Estado, y dejáis al arbitrio del Estado la propiedad; no es el socialismo por el Estado, y decís que sólo caben dentro del derecho individual la conciencia y el sufragio; no es el socialismo por el Estado, y llamáis hipocresía al propósito de encontrar la solución del problema social en la libertad; no es el socialismo por el Estado, y al enumerar las libertades que deseáis, confusos, balbucientes, os detenéis ante la libertad del trabajo, la libertad del tráfico, la libertad del crédito, sin enumerarlas, sin decir francamente si las queréis ó no, confesando así vuestra contradicción manifiesta con las fórmulas capitales de la democracia moderna. Si no es el socialismo por el Estado, entonces no es nada, es una palabra sin sentido, es una aspiración sin objeto, es una entelequia, es el sueño de una sombra. Si estamos engañados, decid-

noslo; decidnos cómo vais á evitar la libre concurrencia; decidnos cómo vais á organizar el trabajo, sin atacar el derecho, sin desconocer la libertad, sin herir los dogmas fundamentales de la democracia. ¿Hay un problema social? Lo hay. ¿Es necesario resolverlo? Es necesario. ¿Cómo se resuelve? Nosotros creemos que la justicia no puede ser contraria á la justicia; que la libertad no puede ser enemiga de la libertad; y fiamos la solución del problema social al derecho humano, que abraza toda la vida; y por eso nos llamamos demócratas. Á vosotros, más reaccionarios, menos amantes del derecho, no os basta la libertad; queréis que, á riesgo de mutilar la personalidad humana, el problema social se resuelva por el Estado.

Escarmentados en el ejemplo de la democracia francesa, que anduvo veintitrés años errante y proscrita por haber armado al imperio con la espada del socialismo, hemos aprendido mucho, y le decimos al pueblo:—Espera de la democracia la libertad de tu pensamiento, la seguridad de tu hogar, la inviolabilidad de tu persona, el trabajo libre, la asociación libre, el crédito libre; espera de la democracia el su-

fragio universal, mediante el que entrarás en el derecho, te convertirás de paria en ciudadano; espera de la democracia todas las libertades, todos los derechos; pero la solución del problema que te agita, pero el mejoramiento de tus condiciones materiales, pero tu redención social, que es necesaria y que lo porvenir te reserva, todo esto, espéralo de la libertad. Ahora, si la libertad, la facultad social, te parece estrecha y egoísta; si crees, como Hobbes, que el hombre libre es enemigo del hombre libre, *homo homini lupus*; si no confías en esta virtud santificante que así ha renovado las fuerzas como las conciencias, entonces reniega del derecho, reniega de la libertad, y pide, como los absolutistas y los doctrinarios, la intervención del Estado en toda nuestra vida. Siempre que el socialismo ha aparecido, ha aparecido con sus pretensiones seculares; con la pretensión, primero, de violar la libertad; segundo, de ser una fórmula superior á la democracia. Pues bien: á una y otra pretensión nos oponemos con toda nuestra energía, con todas nuestras fuerzas. La historia del mundo, ha dicho el más grande de los pensadores modernos, la historia del mundo es la historia de la libertad. A me-

---

dida que el hombre ha ido creciendo, ha ido dominando la fatalidad natural y la fatalidad social. Merced á esto, la Naturaleza se ha convertido de señora en esclava; y la sociedad se ha convertido, de cárcel, de ergástula, en hogar. El Estado ha perdido el derecho divino en que se parapetaba, y con el derecho divino ha perdido aquella superioridad científica, política é industrial que le atribuíamos. Por eso, contra su superioridad científica, pedimos la libertad de enseñanza; contra su superioridad política, la libertad de sufragio; contra su superioridad industrial, la libertad de trabajo; contra su superioridad social, el derecho de asociación. La sociedad ha salido de aquí más fuerte. El antiguo régimen, sin duda en bien de la industria, se oponía á la libre concurrencia; el antiguo régimen, en contra de la usura, decretaba la tasa; el antiguo régimen, por favorecer á los trabajadores, organizaba los gremios. Vino la revolución: ¿y qué hizo? Oponer á los principios del antiguo régimen la libertad; declarar que el Estado es humano y no divino, y decir que no tiene legitimidad sino en cuanto asegura y garantiza los derechos de todos. Pues bien; los que venís ahora á armar de nuevo al Estado;

los que venís á pedirle que evite la concurrencia; los que venís á pedirle que tase los salarios; los que venís á pedirle que decrete las horas de trabajo, sois reaccionarios, restauráis el antiguo régimen, ahogáis entre vuestros brazos la revolución. Así, del seno de todo socialismo ha salido el poder fuerte y la libertad muerta. Esto sucede siempre en la historia. Catilina precede á César, Babeuf á Napoleón I, Proudhon á Napoleón III. El golpe de Estado fué para muchos socialistas el triunfo de la revolución social. Así llamáis á la libertad egoísta, á la libertad estéril; queréis, pues, que el Estado resuelva las crisis industriales. Para que el Estado resuelva las crisis industriales, necesita ser industrial él mismo. Para ser industrial, necesita dinero, mucho dinero. Para tener dinero, necesita impuesto crecido, muy crecido. Para tener impuesto muy crecido, ¿á quién necesita apurar? Al pobre. Después de todo el impuesto pesa siempre más sobre el que menos tiene. Matáis la libertad de la industria, y al matar la libertad de la industria enriquecéis al poderoso y empobrecéis al pobre.

Decía que del seno de la libertad sale el monopolio armado. Hacéis, pues, que para

limitar la libertad, intervenga el Estado, y regule los salarios, y los tase, y acelere ó detenga la producción. ¿Y qué sucede? Que al poco tiempo, como toda violación de la libertad, es un mal para los mismos privilegiados que sienten el daño de vuestra maléfica protección. En Francia, los cajistas pidieron al Imperio que alzara sus salarios. El Imperio, que fué eminentemente socialista, los alzó por cierto espacio de tiempo. Al pronto sus salarios eran los más crecidos. Pero después todos los salarios crecieron; el de los cajistas se quedó á la zaga de todos, y los que se hartaron en un día de privilegio, padecieron por largo tiempo hambre de justicia. Habéis herido la libertad del trabajo y causado la desgracia de los mismos á quienes pensáis favorecer. Así, de concesión en concesión, venís á matar la libertad. Decís que se debe evitar la concurrencia, abajo la libertad de tráfico; decís que se deben organizar por el Estado los Bancos, abajo la libertad de crédito; decís que debe mediar el Estado en los conflictos entre el capitalista y el trabajador, abajo la libertad de asociación. Poder que se levanta, el Estado; víctima que sufre, el pueblo. Las escuelas socialistas tienen caracteres que no se

pueden confundir con ninguna otra doctrina; desprecio por las reformas políticas; reacción contra el movimiento de la propiedad, que tiende cada día á individualizarse más; desconfianza de la libertad, y sobre todo de las libertades económicas; tendencias al cesarismo; anhelo continuo á una felicidad material que ha engendrado cierta fiebre delirante, la cual mata las más altas sublimes facultades del hombre, y lo lleva rendido, sin fuerzas, á las plantas de un César, aunque sea del jaez de Napoleón III. ¿Queréis ver la democracia viva, la democracia perfecta, la democracia que no ha caído á las plantas de ningún César? Pues mirad la democracia anglo-americana; la que engendró la virtud de Franklin; la que trajo al mundo el ideal sublime del magistrado Washington. Allí el pensamiento es libre; la conciencia vuela á lo infinito sin que ninguna fuerza la oprima; el propietario tiene su propiedad y el trabajador su trabajo; la asociación perfora las montañas, doma los ríos, extiende el hilo telegráfico por el aire, el rail por el suelo; la enseñanza funda sus escuelas libres; el jurado corona con las ideas de justicia al individuo; las asambleas dis-

cuten; la prensa llueve luz sobre la frente de las muchedumbres; la industria hace milagros: es el país de la virtud y del trabajo, porque es el país de la libertad. En cambio, mirad lo que era el Imperio francés que vosotros mismos nos habéis presentado armado de la espada del socialismo; miradlo sin prensa, sin asociación, sin dignidad, sin derechos, juguete de un hombre que personifica el monstruo del Estado. ¡Oh! Repitamos con el gran poeta francés: Aunque la tiranía nos proporcionara todos los bienes materiales, aunque diera succulentos manjares al paladar, música á nuestro oído, aromas á nuestro olfato, todos los placeres juntos, diríamos: prefiero tu pan negro, ¡libertad!

¿Cuál es el ideal de la sociedad antigua? La representación de la sociedad por un solo hombre revestido de un derecho superior, de un derecho divino. En virtud de este derecho divino, en virtud de este derecho, toda vida estaba regulada por el Estado, desde la vida de la inteligencia hasta la vida de la industria. ¿Á qué vino la revolución? Á matar ese inmenso poder, á difundir el derecho entre todos los hombres, á realizar la libertad. ¿En qué

consiste el socialismo? En detener este movimiento de libertad, al menos en la esfera del crédito, en la esfera del trabajo, en la esfera del cambio; á volver, pues, al ideal antiguo: á consagrar el monopolio del Estado en favor de una clase. La democracia es enemiga del socialismo. La oposición al socialismo ha sido eterna en la democracia. Nuestros hermanos de allende los mares, al escribir el acta de derechos naturales, que ha sido el primer ideal de la revolución, consagraron la propiedad como la raíz de la vida. Las Repúblicas americanas todas, que en medio de sus grandes desgracias, provenientes del socialismo monástico y pretoriano, legado del régimen colonial, han abolido la esclavitud y prestado grandes servicios á la civilización, fundaron y consagraron indeleblemente la propiedad. Hemos dicho que todas las Repúblicas se fundaron en tendencias contrarias al socialismo, y hemos dicho mal. Había una, donde lo era el Estado todo, donde el hombre no era nada; una República socialista, especie de Paraíso poblado de bestias: la República del Paraguay. Y lo que sucedió con la democracia americana, sucedió con la democracia europea. Danton declara que la socie-

dad debe igual seguridad á las personas y á las propiedades. La Montaña decreta pena de muerte contra todo aquel que proponga leyes agrarias ó cualesquiera otras, atentatorias á la propiedad. Robespierre, en su discurso de 28 de Octubre de 1792, dice: «¿No es la calumnia quien detuvo el progreso del espíritu público, persiguiendo á los defensores de los derechos de la humanidad, como insensatos apóstoles de las leyes agrarias?» Marat mismo, no podemos citar nombre más demagógico, Marat mismo dice en profesión de fe, publicada en 30 de Marzo de 1793: «Me acusan de predicar la ley agraria. Es una impostura sin ejemplo.» La declaración de derechos de 1793, redactada por los más avanzados montañeses, por los hombres que, con su energía, salvaron la revolución, declara: «Que la propiedad es el derecho de todo ciudadano á gozar y disponer de sus bienes, de sus rentas, del fruto de su trabajo y de su industria; que el fin primero del Gobierno es asegurar al hombre el goce de la libertad, de la igualdad y de la propiedad.» El nombre de Graco Babeuf fué un nombre sospechoso siempre á los republicanos. La propiedad que no existía antes de la revolución,

ha sido la obra de la revolución, la obra de la democracia, que la ha consagrado como derecho natural, y la democracia no podrá destruirla sin destruirse á sí misma, no podría negarla sin negarse á sí propia. ¿Sabéis quién sostiene el derecho absoluto del Estado sobre la propiedad? El teólogo de las monarquías absolutas, Bossuet. «En un gobierno regular, ningún ciudadano tiene derecho de propiedad; sólo el Rey, es decir, el Estado», exclama en su Política Luis XIV, y el gran déspota realizaba esta teoría confiscando los bienes de sus vasallos. ¿Puede la democracia rehabilitar una teoría que ha tenido por apóstol á Bossuet, y por ministro á Luis XIV? En donde quiera que la revolución ha triunfado, ha prohibido las confiscaciones, porque la confiscación es la guerra del absolutismo contra la propiedad; y la propiedad es la raíz de la democracia.

Y lo que ha hecho de la propiedad ha hecho también la revolución del trabajo. El trabajo estaba esclavizado por el Estado, reducido á servidumbre por la corvea, el jusjurandum, el gremio privilegiado, la tasa. La revolución ha traído la libertad del trabajo contra el monopolio del Estado; la libertad, mediante la cual

la producción y el consumo se aumentan, y son cada día más necesarios los brazos del trabajador, como siempre que se dilatan los horizontes de la actividad humana. Donde quiera que un principio revolucionario ha triunfado, allí ha triunfado la libertad del trabajo. España representa en el siglo décimoséptimo la servidumbre del trabajo, y España decae. Inglaterra y Holanda llevan su revolución hasta las relaciones económicas, y prosperan. Los Estados Unidos fundan más tarde su República en la libertad del pensamiento, y allí encuentran un templo los proscritos de Europa; la fundan también en la libertad del trabajo, y allí encuentran los mendigos que no pueden vivir en la tiránica Europa trabajo y pan, el pan sabroso de la libertad. Esa República, fundada en nuestras ideas, ha centuplicado su población; ha asombrado al mundo con su riqueza; ha sido el ideal de los pueblos libres; ha justificado la democracia. ¿Pero sabéis por qué? Jackson lo dijo, al abolir el Banco privilegiado de Filadelfia: «El equilibrio establecido en nuestra Constitución se rompería si tolerásemos la existencia de corporaciones privilegiadas. Estos privilegios no tardan en procurarles los medios de

---

ejercer su poderosa influencia sobre el pueblo, puesto que ponen á disposición del privilegiado el trabajo. *Alli donde el poder político se ha aliado al monopolio económico ha nacido la tiranía.*» Estos apotegmas de los privilegiados hombres prácticos que han fundado democracias invencibles, valen para los políticos algo más que todas las argucias de los sofistas, y todos los delirios de los forjadores de sociedades imposibles y contrarias á la naturaleza. Además, los hechos prueban que la libertad del trabajo es más saludable al trabajador que al capitalista. Un pensador eminente lo ha demostrado con datos incontestables. En Alemania, donde hay menos libertad, del producto ciento, por ejemplo, se lleva el trabajo cincuenta y seis, el capital veintiuno, y el gobierno veintitrés. En los Estados Unidos el trabajo se lleva, del producto ciento, setenta y tres, el capital veinticinco, y el gobierno dos. En los Estados Unidos se lleva el gobierno, por dar libertad, el dos por ciento del producto del trabajo, y en Alemania, por quitar la libertad, el diez y siete por ciento del producto del trabajo. ¿Qué teoría de limitación de la libertad no se quebranta en la piedra de toque de estos hechos?

El mayor servicio que los grandes escritores demócratas prestaron á la democracia, fué impedir su corrupción por medio del socialismo. Los republicanos y los socialistas batallaban incansablemente en los diez y ocho años de régimen doctrinario en Francia. Michelet, que ha educado toda una generación republicana; Michelet, cuyo nombre ha sido el terror de los jesuitas y de los doctrinarios, combatía el sensualismo socialista. Tocqueville, el gran escritor de la democracia en América, demostraba que el socialismo es la reacción; que la fórmula de la democracia es la libertad. Quinet, que es á un mismo tiempo el filósofo y el poeta de la revolución; Quinet, cuando no pisaba aún el suelo de Francia, decía desde el destierro, contestando á los que aseguraban la vulgaridad de que la democracia no sería poder, como no tuviera resuelto el problema social: «Una generación, un pueblo que presentara su dimisión de hombres, á pretexto de que el teorema de la geometría social no está resuelto, ó está aún por descubrir, se cubriría de ridículo, tal vez de infamia, puesto que renunciaría á la naturaleza humana, que no admite dilación ni excusa en el cumplimiento de los deberes políticos.

El mal que esos sectarios han hecho, es incalculable; nosotros expiamos faltas que no hemos cometido.» Esta es la maldición que, desde el destierro, arrojaba el partido republicano desgraciado sobre el socialismo que lo había proscrito. Mazzini, el gran Mazzini, el hombre que más calumnias ha devorado en el mundo por la causa de la libertad, atribuye la caída de la República francesa al terror que infundió el socialismo. Si en alguna publicación amnistia su serena conciencia á los socialistas, es á título de que dejen de serlo y se limiten á predicar la libertad de asociación. El Sr. Orense cuenta que vió á Ledru-Rollin en Londres. Hablaron de las desgracias de la República. Y el gran tribuno, moviendo tristemente la cabeza, le dijo: «Los desvaríos socialistas han perdido la causa de la libertad en Europa.» Víctor Hugo, en su admirable libro del destierro, en esa obra en que su genio y el genio de Shakespeare se confunden, dice que jamás ha querido llamarse socialista. En su colosal poesía «Los castigos», donde la invectiva política contra el César llega á un límite á que no llegó nunca la invectiva de Demóstenes contra Filipo, ni la invectiva de Cicerón contra Antonio, dice que el

pueblo ha perdido la libertad por dejarse llevar de las esperanzas socialistas que lo esclavizaban, prometiendo, no libertad á su espíritu, sino hartazgo á su estómago. El Imperio, el Imperio: he ahí vuestra obra; gozaos en ella. Un socialista lo ha dicho:—«¿Cómo se portará César? Esta es la cuestión. De cualquier manera que sea, Saint-Simón, Fourier, Owen, Cabet, ó Luis Napoleón, estamos en pleno socialismo.» El Imperio napoleónico fué vuestra apoteosis.

La verdad es que la escuela socialista ha despreciado siempre los derechos políticos, queridos siempre por la democracia. La verdad es que, para ella, el derecho de caza y pesca vale mil veces más que el derecho de la conciencia, que la libertad de pensamiento. Así, todos los socialistas son la personificación de la torpeza política. Víctor Considerant dedicaba su libro, su gran resumen de la teoría de Fourier, á Luis Felipe. ¿Y Proudhon? Este pensador llega hasta la anarquía en política, y á conclusiones completamente opuestas en economía. Para gobernar á los pueblos le ha robado su fórmula anárquica á la economía política, y para redimirlos su fórmula reglamentaria al socialismo.

Él es el escritor de los ambiciosos pensamientos y las fórmulas atrevidas. Él ha dicho: «Dios es el mal y la propiedad es el robo.» Él ha explicado la ciencia económica por la dialéctica de la serie, y la historia por el eterno movimiento de la extrema izquierda hegeliana. Su alma toma todos los matices de las ideas; su estilo todos los acentos de la elocuencia. Es uno de esos genios que vienen armados de la clava de la ironía, como Voltaire. Pero ¿de quién ha sido principalmente enemigo? De la democracia. Él la ha llamado platónica; él ha dicho que era inocente. Nada ha respetado. Se ha reído de Armand Carrel, á pesar de su martirio; de Lamennais, á pesar de su genio; de Quinet, á pesar de que debían guarecerle de sus dicerios la santidad de la desgracia, la majestad del destierro. Él ha derramado el plomo derretido de sus sarcasmos sobre las heridas de los mártires que caían peleando en Polonia. Él se ha dirigido á Mazzini, el que sostuvo la República en Roma, al que ha infundido el amor por la revolución á la Italia, al odiado por todos los tiranos, al calumniado por todos los neocatólicos, y le ha dicho que, con su política, había perdido á Europa y sólo había

salvado su bolsillo. El se ha reído, como cualquier gacetero legitimista, de la herida de Garibaldi, y ha dicho con brutal ironía que los demócratas hacíamos una reliquia de su pierna; acción villana que le hará siempre odioso á la democracia europea. Él se ha vuelto á Lincoln, cuando el Washington de los esclavos reunía un mundo con su palabra para lanzarlo á los abismos de una guerra, sólo por redimir á los negros, y le ha escarnecido. Él ha dado armas á Antonelli contra Italia; á los bandidos napolitanos, contra la revolución; á los reaccionarios, contra la democracia. Los socialistas quieren hacer del hombre una máquina; de la vida, llena de armonías y de encantos cuando corre en el cauce de la libertad, una geometría descarnada, seca. No quieren que demos un paso hasta que no hayamos resuelto un problema que sólo pueden resolver los tiempos y la energía de la sociedad, y cuya fórmula no tienen ciertamente, porque están perdidos en las sombras.

Lo primero que la sociedad necesita, es el derecho; lo primero que necesita el hombre, es la libertad. Fuera del derecho, no hay vida; fuera de la libertad, no hay salvación. Inten-

táis que, por una parte de vuestro crédito político, fantástico é indescifrable, consintamos que todos los sentimientos arraigados en el corazón humano se conjuren contra nosotros; que los defensores del derecho nos entreguen al ludibrio de las gentes; que los defensores de la libertad nos arrojen de sí, como esclavos; que vayamos por el mundo sin saber á dónde, recelando de la virtud de las mismas ideas que hemos sostenido, y condenándonos á la muerte, ó al menos, á ver cómo los tiranos se ceban en nuestra conciencia y en nuestro espíritu; mientras nosotros disputamos sobre fórmulas vacías, tan ruidosas, pero tan infecundas como una tempestad que no llueve una gota de agua sobre la tierra.

Los errores capitales del socialismo provienen de confundir la sociedad con el Estado, y de creer que la sociedad tiene leyes distintas de la naturaleza del hombre, cuando no es más que el complemento de esta misma naturaleza. Así como en el universo los agentes más impalpables y etéreos, la luz, el calor, la electricidad, el oxígeno, el carbono, alimentan la vida, forman los cuerpos; así las ideas, las fuerzas morales, esos agentes invisibles, pero poderosí-

simos, forman la sociedad, reflejo del espíritu humano, realización de su vida terrena en toda su plenitud. La sociedad es un ser real, objetivo, con propia vida, con leyes tan naturales é inevitables como las leyes de la mecánica celeste. El secreto consiste en haber encontrado esas leyes. Cuando no se conocían las leyes de la naturaleza, para explicar el hombre el ruido del trueno, la caída del rayo, apelaba á la magia, arrastrábase á las plantas de las teocracias. Cuando no conocía las leyes de la sociedad, para asegurar su vida, para realizar su destino, acudía el hombre á una falsa organización social, á un poder absoluto, á un derecho celeste, de origen extrasocial, de origen divino. Pero desde el momento que el hombre conoce las leyes sociales, sabe que no son, en su fondo y en su forma, sino las mismas leyes de su naturaleza. La ley característica de la naturaleza humana, aquella mediante la cual se distingue al hombre de todos los seres que le rodean, sujetos á una fatalidad inevitable, á fuerzas que no pueden romper; la ley primordial de la naturaleza humana es la libertad. Por consecuencia, á medida que la sociedad sea más justa, se aproximará más á la naturaleza humana, y á

medida que más se aproxime á la naturaleza humana, asegurará más la libertad. Es un error común á absolutistas y á socialistas el de creer que, para fundar la sociedad, el hombre necesita sacrificar su libertad. Así como en el espacio infinito caben todos los mundos, en la sociedad caben todos los derechos. Y es otro error creer que la sociedad tenga derechos contrarios á los derechos del hombre. Así como en el átomo se encuentran las cualidades primordiales de la naturaleza, se encuentran en el individuo las cualidades primordiales de la sociedad.

El átomo, sin perder su naturaleza esencial y sin contrariar sus leyes, cobra mayor vida en el horno inmenso de la naturaleza, en la agregación infinita del universo; el hombre cobra mayor vida, más fuerza en la sociedad, en esa nueva naturaleza, que, lejos de robarle la libertad, la acrecienta y la consagra. La sociedad no es el sacrificio de la libertad, como creen los socialistas y los absolutistas; no es contraria á las leyes primordiales de la naturaleza humana, como creen los absolutistas y los socialistas; no tiene derechos antitéticos á los derechos naturales, como creen los socialistas

y los absolutistas, sino que es la misma naturaleza humana y la misma libertad, elevadas á su última potencia. ¿Con qué derecho pretendéis dar á la sociedad una organización superior á sus propias leyes? Con el mismo derecho que los reyes absolutos, con el mismo derecho que las teocracias asiáticas, por alguna revelación superior, desconocida de nosotros los mortales. Socialistas, sois, pues, reaccionarios, y en vano intentáis borraros esa marca de la frente. Nosotros queremos la sociedad con sus leyes naturales y divinas; vosotros la sociedad con vuestras combinaciones artificiales y arbitrarias. Estado y sociedad no son equivalentes. La sociedad vive por sí, por sus propias leyes; el Estado vive por la sociedad. En toda sociedad hay un derecho; en todo Estado una representación del derecho. La sociedad es el ser primero, esencial, el espíritu que, como el aire, no se ve en ninguna parte y está en todas; y el Estado no es más que la institución encargada de la seguridad social, de velar por el cumplimiento de la justicia, por la coexistencia de todos los derechos; sin ser él ni la sociedad, ni la justicia, ni el derecho, ni la inteligencia superior á todas las inteligencias. En

---

la sociedad se realizan todos los grados de la vida. En la sociedad existen la ciencia, la religión, la familia, la industria, el trabajo. El Estado ni puede crearlos, ni puede destruirlos; no puede, no debe más que asegurarlos, teniendo un poder coercitivo para lograr que su vida no se perturbe, que sus condiciones de derecho se cumplan. El Estado no tiene poder, en una sociedad bien organizada, contra ningún derecho; no puede contrariar ninguna libertad. Ha de legislar, sí; pero ha de legislar, no contra ningún derecho, sino sobre el derecho; no para destruirlo, sino para asegurarlo; porque el derecho es anterior y superior al Estado. Negamos al Estado derecho para negar la libertad de trabajo, la libertad de crédito, la libertad de comercio, como la libertad de pensamiento, como la libertad del sufragio, como la libertad de imprenta. El Estado puede legislar para asegurar el derecho; no puede legislar para destruirlo, porque el derecho es, en sí mismo, una ley. ¿Qué diríamos de un Estado que legislase contra la atracción universal? Pues si eso es un desvarío, legislar contra la libertad es un atentado. Los socialistas, como los absolutistas, creen que el Estado es la misma

sociedad. Por eso creen que el Estado va á resolver el problema social. Pues bien; nosotros creemos que el problema social se resolverá por la moral, por la ciencia, por el trabajo, por la industria; y como el Estado no es ni la moral, ni la ciencia, ni la industria, ni el trabajo, negamos radicalmente al Estado capacidad para resolver el problema social; ni aun derecho para intentarlo, si há de sacrificar un átomo de libertad humana. Así como la sociedad fundada en nuestra naturaleza es la sociedad más justa, el Estado que más asegura la libertad y el derecho, es también el Estado más perfecto. En la sociedad viven, ciencia, arte, trabajo, industria, inconcebibles sin la sociedad. Y la sociedad delega el poder al Estado para que represente la justicia social, y en virtud de este atributo haga coexistir la religión, el arte, la ciencia, el trabajo, que no nacen del Estado, sino de la sociedad. Por eso, á medida que el Estado se limita á menores funciones, crece más la sociedad. Y vosotros, que os llamáis demócratas, al mutilar la libertad, desconocéis la democracia; y vosotros, que os llamáis socialistas, al elevar el Estado sobre el derecho, desconocéis la sociedad.

Y no hay que engañarnos; nuestros tiempos son los tiempos de la emancipación del pueblo. Así como desde el siglo v al siglo x se extiende la edad de la teocracia; y desde el siglo x al xiv, la edad del feudalismo; y del xiv al xviii, la edad de los reyes absolutos; y del xviii á nuestros días, la edad del tercer estado; ahora comienza verdaderamente la edad feliz del cuarto estado, del pueblo. Y así como toda la historia que acaba hoy puede calificarse con una sola palabra que diga historia de la guerra; la historia que hoy principia podrá calificarse mañana con una sola palabra que diga historia del trabajo. ¿Y no hemos de traer modificaciones saludables á esta ley del trabajo? El paria, el sudra, el ilota, el esclavo, el siervo, en una palabra, el mártir eterno que lleva sobre sus hombros el peso de la sociedad, va á romper los últimos eslabones de su cadena. La libertad de pensar removerá hasta los más hondos senos del espíritu para encontrar una idea que apacigüe su eterna sed, tantas veces burlada con la hiel de los sofismas. El grande movimiento político, económico, industrial que se siente en todas partes, lo emancipará del trabajo servil por medio de la máquina; lo unirá á todos sus



hermanos de la tierra por medio de la libertad de comercio; abrirá las fuentes de la prosperidad por medio de la libertad del crédito; centuplicará sus fuerzas, sus recursos, sus ahorros por medio de la libertad de asociación. A esto se unirá como un alivio la abolición de la guerra, que le quita brazos; la abolición de la enseñanza privilegiada, que le quita luz; la abolición de funestos arbitrios, residuo de la Edad Media, que le quita pan. El principio de asociación, sobre todo, es fecundísimo en bienes para el pueblo. La asociación añade fuerzas al obrero, le salva en las crisis económicas, le socorre en sus enfermedades, le arma contra los intereses contrarios y le sostiene en la vejez, cuando se agotan sus fuerzas, y sus propios ahorros no bastarían á alimentar los últimos instantes de su vida. Así como la asociación ha producido las letras de cambio, los billetes de Banco, las acciones de la Deuda pública, los ferrocarriles, fecundando la propiedad, producirá, indudablemente mañana, cuando tenga toda su latitud, inmensos beneficios al trabajo. Las fuerzas sociales contribuirán á este fin sin necesidad de herir el derecho individual. La propiedad y el trabajo son dos términos corre-

lativos é indispensables de toda sociedad. No los hagáis contradictorios, cuando mutuamente se necesitan, negando al trabajo los derechos políticos que dais á la propiedad. El trabajador debe confiar en que la libertad mejorará su situación social. Y sobre todo, no debe volver los ojos al Estado para pedirle un pedazo de pan que el Estado no podría darle sino empapado en hiel, y á cambio de lo más necesario á la vida, de la libertad, del derecho. Después de la última crisis de la revolución francesa, difundíéndose en los aires la idea de que todos los derechos políticos podrían cambiarse por un pedazo de pan, dijosele al pueblo que le importaba poco vivir en la genmonía del esclavo con tal de tener lleno el vientre. El derecho para el pueblo debía estar reducido á una buena digestión. Un hombre funesto, coronado con los resplandores de gloria que centelleaba desde su sepulcro, aquel genio inmortal de las batallas, cuyo acero cargado de electricidad llenó de tempestades el aire y de sangre el suelo de Europa; un hombre funesto, decíamos, se presentó, y halagó al obrero y le prometió, á cambio de su libertad, pan, y fundó una dictadura que se decía encaminada al bien

del pueblo, como si hubiera bien sin dignidad, vida sin honra. Y el pueblo de París vió levantarse magníficas viviendas para que él las habitara; caer toda la antigua ciudad para que él tuviera trabajo; iluminarse las orillas del Sena con iluminaciones fantásticas para que él se divirtiera y regocijara; humillarse á sus pies en las conferencias diplomáticas, Inglaterra; en las contiendas guerreras, Rusia, para que él se creyera dueño de la gloria, rey de la tierra. Pero ¿cuánto ha durado la fantasmagoría? Esa ciudad de París tan hermoseedada y enriquecida, llena de jardines que embalsaman los aires, de fuentes que la arrullan, de estatuas que la enorgullecen, de inmensas plazas donde envían, como á la antigua Roma, sus representantes todas las gentes, sus embajadores todos los pueblos, se ha sentido herida y avergonzada como la esclava que el gran señor aherroja con grillos de oro al serrallo; y poniendo en las manos de sus hijos, de sus adulados obreros, la bandera de la democracia, ha dicho al César con el gran poeta de la revolución:—Detesto tus orgías, que me envilecen, y quiero la libertad. El problema social es eterno. Está en el Oriente, en Atenas, en Roma, en los municipios de

la Edad Media, en las monarquías absolutas, en las monarquías constitucionales. Para resolverlo es necesario apelar á todas las leyes de la vida. Se engaña la política, cuando cree que lo resolverá ella sola; se engaña la economía política, cuando cree que lo resolverá ella sola; se engaña hasta el sentimiento generoso de la caridad, cuando se cree capaz de resolverlo. Resolveránlo todas las fuerzas sociales, todas, arte, ciencia, industria, propiedad, trabajo, todas. Pero no lo resolverán definitivamente. La política tiene fórmulas definitivas. La libertad de imprenta, el derecho absoluto de asociación, la separación entre la Iglesia y el Estado, todas estas reformas son definitivas. Pero el bienestar material de los pueblos admite muy diversos grados de extensión; es un problema que depende, en verdad, de muchas relaciones. ¿Cómo se resuelve? Dejando en libertad todas estas relaciones, para que por su propia virtud traigan el mejoramiento de las clases que padecen. El Estado no tiene más medio que explotarlas para redimirlas. Las gotas de sudor del pobre no se convierten en nueva vida cuando caen sobre las arcas del Tesoro; se evaporan como gotas de agua caídas sobre un vo-

raz incendio. El Estado no puede ocurrir al remedio del pueblo sin dinero; no puede tener dinero sin tributos, y no puede recoger los tributos sin oprimir y empobrecer al pueblo. Por eso, en nombre de los derechos, en servicio de los intereses del pueblo, condenamos el socialismo. Las asociaciones libres han inventado el vapor, han extendido el telégrafo; y las obras de esos Estados en que tanto confían los socialistas, se pueden medir por las pirámides tristísimas de huesos que han dejado en su proceloso camino.

Resumamos: 1.º La sociedad es un ser real. 2.º Sus leyes son las mismas de la naturaleza humana. 3.º El fundamento de la sociedad es el derecho. 4.º Por el derecho, el hombre será, en sociedad, tal como es por su naturaleza. 5.º El Estado es el representante de la unidad social, y el órgano de la justicia y el que asegura los derechos de todos. 6.º Ora sea el Estado democrático una delegación, como en los Estados Unidos y Suiza; ora, si fuese posible, el gobierno directo del pueblo, no tiene derecho contra el derecho. 7.º No puede, pues, suprimir ni mutilar ninguna de las libertades, ni políticas, ni económicas, ni sociales. 8.º Si le-

gisla sobre ellas, debe ser para asegurarlas, no para restringirlas, ni mucho menos para negarlas. 9.º El problema social no puede resolverse por el Estado. 10. La democracia no puede ofrecer, para resolverlo, más que la libertad de pensamiento, que lo estudie; el sufragio universal, que arme de sus derechos al pueblo; la libertad de trabajo, la libertad del crédito, la libertad del cambio, que ha de fundar grandes relaciones sociales; y, sobre todo, la libertad de asociación. Si nosotros nos creyéramos con derecho á dirigirnos al pueblo, habíamos de decirle:—No te fíes de remedios que no sean tus propios derechos. No creas en los curanderos sociales. Busca la justicia, y el bien se te dará por añadidura. Lucha noblemente por la libertad, y antes que todo piensa en ser hombre, ya que sólo has sido esclavo. La libertad ha depositado entre el lodo de las lagunas esa perla que se llama Holanda; entre las selvas inexplorables del Nuevo Mundo, esa República que se llama los Estados Unidos. No admitas cadenas aunque sean de oro, que no el metal, sino el peso, te esclaviza. No admitas monopolios, aunque se encubran bajo el nombre de tu interés. La libertad te dará un

nuevo espíritu, y en ese espíritu de justicia, el caos social obedecerá á tus palabras y nacerá una nueva sociedad que sea la tierra de todos los hombres y el cielo de tus derechos. Socialistas: ¿cómo vais á legislar sobre la propiedad? ¿Cómo vais á organizar el trabajo? ¿Cómo vais á evitar la libre concurrencia? ¿Cómo vais con un criterio, con un derecho superior al criterio, al derecho democrático, que es la libertad de asociación, cómo vais á armonizar el capital con el trabajo? ¿Cómo vais á armonizar el crédito, puesto que la organización natural de la libertad no os place? ¿Cómo vais á regular el cambio, puesto que la libertad de comercio no entra en los derechos individuales? Veréis cómo se encuentran en esa alternativa, ó tienen que apelar á la libertad, á las leyes naturales de la sociedad, en cuyo caso su socialismo se desvanece como el humo, ó tienen que violar la libertad, que perturbar las leyes sociales, que llamar justicia á su criterio individual y arbitrario, en cuyo caso su sistema es un sueño más, una utopía más, un delirio más, de esos que sólo han servido para aumentar la fiebre de los pueblos, y postrarlos en tal abatimiento, que lleguen hasta olvidarse de sus

derechos. No hay justicia contra la justicia; no hay derecho contra el derecho; no hay, pues, justicia ni derecho que puedan nacer de la negación de la libertad. El corriente siglo puede definirse con una sola palabra: es el siglo de la aparición del pueblo en la escena política. Así como todas las revoluciones primitivas del globo se encaminaban á preparar la aparición del hombre en la tierra, todas las revoluciones de tres siglos á esta parte se encaminan á preparar la aparición del pueblo en la sociedad. La unidad de las nacionalidades vino á matar las aristocracias políticas; la imprenta vino á matar las aristocracias científicas; la revolución vino á esculpir en el espíritu la idea sagrada del derecho universal humano; y todos los adelantos de las artes, de la industria, de la ciencia; todas las conquistas, todos los hechos capitales, como el Renacimiento, la paz de Westphalia, la América libre, la declaración de 1789; todos los hombres mayores de la historia, como Napoleón, Washington, Danton; todo lo que ha habido de grande en ciencias, en artes, en política, ora impulsándolo, ora resistiéndolo, han contribuído á este movimiento, á cuyo término se encuentra la aparición del

pueblo en la escena política, y la consagración de sus derechos. Pero yo creí siempre que la aparición del elemento democrático en la sociedad moderna, parecía algo á la aparición sublime del ideal religioso de los esclavos en la sociedad antigua. Yo creí que el reinado del pueblo no era la tiranía, sino la justicia; no era la venganza, sino la paz; no contradecía la libertad, sino que la afirmaba; no creaba nuevas castas, sino que destruía las antiguas; no pensaba en nuevos privilegios, sino en la igualdad del derecho, y no fortificaba, sino disminuía el poder inmenso de ese Estado que sólo ha sabido hasta aquí servir al progreso, contrastándolo con su insensata resistencia, y servir á la libertad, aumentando el catálogo de sus mártires. Pero no: hay una escuela que dice que el pueblo no puede venir á la vida pública si no se crea un Estado formidable para que sacrifique la libertad, para que perturbe las leyes económicas, para que tase los salarios, para que sea árbitro de las asociaciones, para que haga seres libres, pero no por el derecho, sino por el privilegio; una escuela que, ora se presente franca, ora solapada, tiende siempre á sustituir al ideal severo de la democracia, al

ideal de un Estado que la revolución ha destruído, y que no puede volver sino como ha vuelto en Francia, con el envilecimiento del pueblo y la exaltación de la dictadura. Para conocer el fin del movimiento del siglo, el fin del movimiento democrático, es necesario conocer el punto de que nos vamos alejando, el ideal que vamos combatiendo. Nos alejamos de una sociedad absolutista y nos dirigimos á una sociedad democrática. Aquélla se basa sobre la tradición, ésta sobre la razón; aquélla enaltece al Estado hasta divinizarlo, ésta enaltece al hombre hasta investirle de todos sus derechos; aquélla reglamenta desde la ciencia hasta la industria, y ésta emancipa todo lo que aquélla reglamenta; la una era la autoridad, y la otra es la libertad. Ahora bien; ¿qué sistema social se acercará más á la sociedad de que nos separamos? El sistema que tenga por fin la rehabilitación del Estado, y por medio las reglamentaciones arbitrarias, nunca tan justas, nunca tan sencillas como los procedimientos de la libertad. ¿Y qué sistema es el que así procede? El sistema socialista. Luego el socialismo, aunque tenga fines revolucionarios, es, por su ideal, una escuela reaccionaria; es, por sus procedi-

mientos y por sus medios de acción también, una escuela reaccionaria. No creáis, no, que la combatimos por espíritu conservador; no creáis que la rechazamos en nombre de intereses conservadores, no; rechazamos su ideal por reaccionario; rechazamos sus procedimientos y sus medios por contradictorios, completamente contradictorios con el ideal vivo de una sociedad democrática.

¡Ah! El socialismo tiene en todas partes grandes males; pero incomparablemente mayores en nuestra patria, por la raza á que pertenecemos y por el medio histórico en que vivimos. Aunque yo crea firmemente que el espíritu tiene en sí fuerza bastante para vencer las fatalidades de las razas, creo también que no deja de influir el temperamento de una raza en la dirección de la vida, como no deja de influir el temperamento del cuerpo en el humor del ánimo. Pertenecemos á la raza que ha sacrificado siempre la libertad en aras de la unidad social. La sacrificó en la historia antigua, cuando creó el imperio. La sombra de César todavía empaña nuestra conciencia. La sacrificó en la historia moderna, cuando creó las monarquías absolutas. Todavía nos arrastra á

América en son de guerra la sombra de Carlos V. La sacrificó en la revolución misma, en el momento que conquistaba sus derechos. Aún reina el despotismo militar de Napoleón. Á una raza así dispuesta, como lo prueba la historia, á sacrificar en aras de la unidad social la eterna justicia y el eterno derecho, ¿vais á inspirarle desconfianza de la libertad? Pues sí, por la raza á que pertenecemos, el socialismo absorbente y panteísta es temible, lo es mucho más por el medio histórico en que vivimos. Somos un pueblo fatalista. Tenemos de los árabes dos cualidades: la independencia heroica en nuestro hogar, y la indiferencia por la vida política. Como todo lo esperamos de la Providencia en la vida, todo lo esperamos del Gobierno en política. Nuestro suelo está sediento: y confiamos más en las nubes del cielo, que en los canales abiertos por el trabajo en la tierra. Esto prueba nuestra incomparable indolencia. Á ella ha contribuído mucho el absolutismo. Los reyes escribían pragmáticas para ordenarnos lo que habíamos de comer, lo que habíamos de vestir, lo que habíamos de pensar. El trabajo nos disgustaba. Gustábanos en cambio la guerra, donde, al grito de Dios y

el Rey, íbamos á morir heroicamente, á blanquear con nuestros huesos todos los campos de batalla del mundo. Después el hidalgo, el soldado, rebujado en su capa rota, paseaba su miseria por las calles, y cuando le apremiaba el hambre, tendía la mano á la puerta del convento. De aquí ese menosprecio á la libertad ; de aquí esa confianza en el Estado ; de aquí el socialismo de peor linaje, el socialismo que pide al Gobierno pan, y se cuida poco de los derechos individuales, sin los que no hay ni pan ni trabajo. En pueblo de estas tradiciones absolutistas, me parece criminal todo lo que tienda á desautorizar la libertad, aun á pretexto de socorrer al menesteroso. Trabajadores: no creáis que pertenezco al número de los que miran indiferentes vuestros males. Los conozco y los he sondeado. Me entristece muchas veces pensar el número infinito de seres cuya alma se consume en la miseria. Diez y nueve siglos de revoluciones, aun no han redimido al hijo de aquel esclavo que, alejado del derecho, incapacitado de entrar en los comicios, puesto junto al perro y al caballo de la casa en las antiguas estadísticas, era estimado en menos que una bestia por los señores del

mundo. En el fondo del socialismo hay un deseo que es común á toda la democracia ; hay una aspiración de que todos participamos ; el deseo de vuestro mejoramiento, la aspiración á vuestro bien. He dicho mal ; es un deseo que se extiende á toda la civilización moderna. En el mundo antiguo, aun para aquellos hombres que condensan en su frente el espíritu de un siglo, la esclavitud es el derecho natural. El mundo moderno se abre con la igualdad religiosa, con el ideal de la fraternidad entre los hombres, con la religión que busca al pobre para divinizar sus dolores, con el sacrificio, con la exaltación de la Cruz, el patíbulo del esclavo. El deseo de vuestro bien es universal en todos los que hoy vivimos. Solamente que unos creemos que vuestro bien está en la libertad, y otros creen que vuestro bien está en dejar parte de vuestra libertad ; unos creemos que por el derecho natural, se disolverán las antiguas injusticias, como el cadáver tocado por el aire y por la luz ; mientras otros creen que se disolverán conservando parte de esas injusticias en manos del Estado. He aquí nuestra diferencia. Pues bien ; los que creen lo segundo, son utopistas, completamente utopis-

tas. La utopía la lleva siempre la humanidad en su conciencia, como lleva siempre la esperanza en su corazón. Pero lo que hay de irrealizable, es lo que hay de injusto, y lo que hay de injusto, es todo lo que hay de reaccionario en sus utopías. ¿Á dónde vamos en política? Á la libertad. ¿Qué hace el socialismo? Restringe la libertad. ¿Á dónde vamos en economía? Á la emancipación del trabajo. ¿Qué hace el socialismo? Por la reglamentación, por la tasa, por la oposición á la libre concurrencia, esclaviza el trabajo. ¿Á dónde vamos en definitiva? Á convertir la enseñanza, el pensamiento, el trabajo, no en facultades del Estado, sino en facultades de la sociedad. ¿Qué hace el socialismo? Devuelve al Estado lo que le ha quitado la revolución. La democracia va á la igualdad de todos los derechos; subordinando la justicia al interés de unas clases, va el socialismo, en último resultado, á la desigualdad de las castas. Notadlo; los sistemas socialistas son coetáneos casi con la civilización. ¿Cómo es que han sido siempre impotentes? ¿Cómo es que han sido todos infecundos para realizar el bien que se prometían? Procede esto de dos errores que llevan en su seno. El primero,

consiste en creer que el problema social se resuelve por una fórmula exclusiva, por una fórmula de escuelas; cuando no se resuelve, no puede resolverse sino por el conjunto de las fuerzas sociales. Y el segundo, en querer ir al bien por medios reaccionarios, por medios que la humanidad había abandonado ya en su camino. El ilustre jefe de los socialistas resucita la casta del Oriente cuando el mundo griego ha llegado á modelar el boceto de la personalidad humana con el cincel de las artes. Mientras el mundo antiguo iba á la libertad, el socialismo iba hacia la tiranía. El gran socialista práctico no acertó á resolver el problema social, sino creando un imperio romano como los imperios asiáticos, que había de consumirse en una eterna orgía, y caer bajo la espada de los bárbaros. El mundo antiguo muere por un exceso de socialismo; pero la utopia socialista no muere. Siempre reaparece con el mismo carácter: un pensamiento individual, queriendo sobreponerse al pensamiento social; un medio reaccionario, una organización reaccionaria que todo lo esteriliza. En el siglo décimosexto la utopia socialista se condensa en la mente de un hombre de esa Italia, esclava y dueña á un

tiempo mismo del mundo. ¿Y qué medios proponía? La monarquía universal de Felipe II; el predominio de la teocracia sobre esa monarquía; un ejército de genizaros; la destrucción de Alemania, patria de la libertad del pensamiento; la ruina de Inglaterra y de Holanda, que comenzaban á impulsar el trabajo y á resucitar las libertades políticas; los habitantes de América transportados á África, y los de África á España; un consejo de sabios para promulgar la lengua universal, cuando el latín expiraba en los labios de las nacionalidades nacientes; las cruzadas eternas; la Inquisición siempre ardiendo; las castas, los esclavos, todo para encadenar los mares, para allanar las montañas, para completar la tierra con el cielo. Así como el socialismo griego miraba al Oriente, que era la reacción, el socialismo del Renacimiento miraba la Edad Media, que era la reacción. Y lo mismo sucede en los tiempos modernos. Después de nuestras revoluciones, San Simón va á constituir su pontificado industrial; á resucitar jerarquías semejantes á la jerarquía de las cortes despóticas barridas por la revolución; á crear un poder irresponsable, cuando la base de la libertad de los pueblos se

asienta sobre la responsabilidad de los poderes. El error de siempre que se reproduce, que se perpetúa; el eterno engaño del socialismo que renace; la esfinge con la vista vuelta hacia la espalda; en Grecia hacia el Oriente; en el Renacimiento hacia la Edad Media; en la revolución hacia el Renacimiento. El socialismo pretende meramente ser la economía social de la democracia. Pero ¿cómo? Conmoviendo el derecho de propiedad, limitando la asociación, destruyendo la libre concurrencia; dando al Estado fuerza para una distribución mejor de la riqueza; creando talleres nacionales; volviendo como el socialismo de todos los tiempos, en medio de un mundo que predica la libertad económica, al mundo antiguo, que reglamentaba arbitrariamente las fuerzas económicas, en cuyo libre desarrollo está vuestra emancipación, y la emancipación de vuestro penoso trabajo. Después de todo, el socialismo, tome la forma que quiera, se resuelve en el comunismo. El error comunista le sirve casi siempre de base. Y el comunismo es el eterno principio reaccionario de la historia.

Sólo se vence en el mundo por la libertad. Grecia vence al Oriente, porque en Sala-

mina y en las Termópilas resonaba el grito de libertad. Atenas eclipsa á Esparta, porque Atenas era una república democrática, en cuanto cabía serlo en la antigüedad, y Esparta era una república socialista. Los germanos vencen á Roma, porque traen el sentimiento de la libertad en su pecho. El municipio destruye el castillo feudal y emancipa al siervo, porque siente agitarse en su seno la libertad. Suiza vence á Austria, Holanda á España, porque invocan la libertad: que así es fecunda para el campesino en las montañas, como para el navegante en los mares. Los Estados Unidos vencen á la invencible Inglaterra, porque proclaman la libertad. Con el grito de libertad en los labios, la clase media derribó la Bastilla del absolutismo. Con el grito de libertad, vosotros, hijos del pueblo, alcanzaréis vuestros derechos, y con vuestros derechos el bienestar que da siempre la justicia. La historia del mundo es la historia de la libertad. No os interpongáis, trabajadores, en el camino de la libertad. Hoy, en verdad, han concluído las aristocracias científicas. La ciencia no puede ser el secreto de una casta. La imprenta, las asambleas, han difundido por los pueblos los

pensamientos guardados antes en privilegiadas inteligencias. El trabajador sigue hoy á la idea, ese tribuno invisible, pero cuya voz alcanza hasta las últimas profundidades del alma. El pueblo ha llegado á la madurez de sus facultades intelectuales y á la plenitud de su vida, y no puede retardarse el día en que llegue á la plenitud de sus derechos políticos. ¡Día feliz aquel en que no verá sus hijos arrancados al hogar por la guerra; ni pan de su mesa menguado por la voracidad del fisco; día en que entrará libre en los comicios, se asentará como juez en el jurado, y asociado á sus hermanos en la igualdad del derecho dulcificará y templará las duras condiciones del trabajo! Pero ese día puede malograrlo la levadura del socialismo; puede perderlo la reacción hacia el ideal del antiguo Estado, la desconfianza de la libertad, que inspiran siempre, sin excepción alguna, todas las escuelas socialistas. El mundo parte del socialismo y va á la libertad. En el fondo de toda escuela socialista se encuentra el sacrificio ante los derechos sociales de los derechos humanos. Pues bien: este es el carácter de toda civilización primitiva; el carácter de Oriente, en que los sacerdotes, dueños de la

tierra y de la conciencia, en nombre de los dioses que le confiaban sus secretos y le delegaban su poder, suprimían toda individualidad, petrificaban el Estado, dividían las castas, señalaban á cada clase su trabajo, á cada ser su destino, y convertían la sociedad en un inmenso templo, en cuyas aras corría la humana sangre, y en cuyo fuego se consumía la libertad. Sobre aquellas sociedades, la historia ha arrojado su anatema y el desierto su triste sudario. En sus ruinas malditas se puede ver la esterilidad de ese absorbente socialismo, en el cual perece el alma humana. Y así, notadlo, todas las escuelas socialistas, desde las de Platón hasta la de Cabet, todas tienen el mismo carácter oriental, como si estuviera allí el polo inmóvil de su vida; ora apelen á la comunidad, ora á la asociación forzada, ora á las reglamentaciones prolijas, ora á lo que llaman el dominio de las capacidades y la distribución del premio según el mérito; esas escuelas que intentan matar el egoísmo, pero por la desaparición de la familia; la lucha de los intereses, pero por la desaparición de la competencia y del estímulo; la guerra entre los pueblos, pero por la paz del despotismo; suprimir los

huérfanos suprimiendo antes las madres; suprimir el mal, pero suprimiendo antes la libertad; convertirlo todo á los intereses generales, pero convirtiendo antes en una máquina la personalidad humana: y aunque prometan á cada hombre la felicidad de los antiguos sátrapas; á toda la humanidad un reino sideral allá en el éter; una comunicación perpetua con todas las fuerzas del universo; un progreso continuo y una exaltación infinita al través de miriadas de mundos, en una nueva cosmogonía fantástica, donde el magnetismo haga los cuerpos transparentes y las almas luminosas, están condenados á buscar su vida en un misticismo estéril; su apoyo en el vago y movable oleaje de la utopia; su organización en un mundo viejo, decrépito, en ese oriente de los patriarcados, de las castas; en ese mundo de las formidables organizaciones sociales, donde la muerte de la libertad ha matado el alma, y la muerte del alma ha matado hasta la fecundidad de la tierra. La eterna gloria de Grecia fué protestar contra ese socialismo oriental á que pretenden volvernos los defensores del socialismo moderno. Por eso Grecia es la patria del arte, la patria de la filosofía, la patria de

la personalidad humana, la patria de la democracia, que no nace sino en oposición al socialismo, individualizando los dioses, alzando en pequeñas repúblicas la primera imagen de la personalidad humana, matando las castas. En la historia del mundo moderno, la idea democrática aparece siempre en oposición con el elemento socialista. Por eso al socialismo corresponde la gloria de las castas, y á la democracia la gloria de la personalidad humana; al socialismo las teocracias, y á la democracia esos Estados libres que se extienden desde Atenas á Washington, desde Amsterdam hasta Ginebra, verdaderos oasis de la historia; al socialismo pertenece en lo antiguo el Oriente; á la democracia, Grecia.

No creamos que la democracia antigua es como la democracia moderna, no: en la antigüedad predomina siempre el Estado sobre el individuo. Esta idea de la personalidad humana, con todos sus atributos, es el resultado del trabajo de cuarenta siglos, y en vano querrá mutilarla, romperla el atrevido socialismo. Pero aun predominando el Estado sobre el individuo, aun siendo los antiguos antes ciudadanos que hombres, hay dos repúblicas en Gre-

cia; la una fundada en la libertad, y fundada la otra en la negación de la libertad; la una fundada en la propiedad, y la otra fundada en la negación de la propiedad; la una democrática y la otra socialista. Estas dos repúblicas son Atenas, Esparta. Contempladlas un momento. Esparta, severa como la aristocracia dórica, presidida por sus dos reyes, todo lo ha reglamentado: ha abolido la propiedad, ha negado el comercio, ha puesto un límite á la actividad, ha destruído la familia: y los hijos nacen sólo para la patria, que los educa, los disciplina, los niega todo amor espontáneo, todo sentimiento individual, los convierte en soldados, y los envía á la guerra para volver con el escudo ó sobre el escudo, porque el hombre es una de las ruedas esclavas de aquella sociedad mecánica, atenta sólo á destruir todo principio de libertad. Al revés sucede en Atenas. Allí reina la democracia jónica; allí vive la libertad; allí se oye el poeta en los juegos, el orador en la Agora, el filósofo en la escuela, el sacerdote en los templos abiertos á todos vientos, saludado por el eterno cántico que se exhala del pecho de los hombres libres. ¿Qué es la socialista Esparta en la historia? Una noche; la

escuela de unos cuantos soldados valientes, pero feroces. ¿Qué es Atenas, la libre Atenas? La eterna honra del espíritu humano. Sus poetas todavía son el ejemplo de la poesía; las estatuas que han modelado sus escultores, todavía reciben la adoración de los artistas; sus filósofos rigen aún la conciencia humana; sus oradores son imitados en las tribunas de los pueblos modernos; y siempre que el espíritu necesite creer, amar, inspirarse en grandes pensamientos, volverá sus ojos á esa hermosa Atenas, cuya historia es, en la edad antigua, el edén del arte y de la libertad. Repugna tanto á la naturaleza humana el socialismo, que no basta el genio más espléndido para salvarlo. Como la ley de nuestro espíritu es la libertad, no se puede fundar sociedad durable contra la ley de nuestro espíritu, como no se puede fundar edificio alguno contra la ley de la gravitación. El gran sacerdote del socialismo en la antigüedad, es el filósofo de los eternos ideales, de las eternas armonías. Su espíritu, que como el águila, sólo reposa en las alturas, ha sondeado el cielo, ha visto á Dios; pero no ha conocido la tierra, no ha visto el hombre. Así es que su idea reina en la ciencia abstracta; pero no reina nunca en la

sociedad. En él está la eterna teología del socialismo. Á duras penas saldrá de este círculo. En la naturaleza hay tres metales: oro, plata y hierro; en el alma tres facultades: razón, voluntad y sentimiento; en la sociedad tres clases: los que piensan, los que pelean, los que trabajan; los filósofos, los guerreros, los artesanos: y así como en el alma, la razón debe mandar en la voluntad, y la voluntad en las pasiones; en el mundo, el filósofo debe mandar en el guerrero, y el guerrero en el trabajador; y los tres, para cumplir la justicia en sus mutuas relaciones, fundar un Estado fuerte, poderoso, y que sea el padre, la madre de todos, el hogar y la familia de todos, el altar del pensamiento y el templo de la conciencia de todos; Estado formidable, que posea los derechos, que regule el trabajo, que funde la familia, que eduque á los niños adiestrando en la gimnasia sus cuerpos, en la música sus almas, y mate, como contrario al bien, todo sentimiento individual, á cuyo fin debe poseer la propiedad, uniformar el amor y la paternidad, censurar las ideas, dictar su fe á la conciencia, y unir tan fuertemente los ciudadanos entre sí, como están unidas las primeras partículas de la materia en el seno de

los cuerpos, ó las primeras ideas universales en la inteligencia de Dios. Y mientras aquel hombre extraordinario vagaba por las alturas del socialismo, de la utopía imposible, el mundo que él quería modelar en su pensamiento, se dirigía por otro camino, se dirigía hacia Alejandro para destrozarse el Oriente y matar la casta; se dirigía hacia Roma para fundar la familia y la propiedad; se dirigía hacia el cristianismo para crear la eterna libertad humana; se dirigía hacia el mundo germánico, que con su fuerte espada había de cincelar, sobre las ruinas del antiguo socialismo, el boceto rudo, pero inmortal, de la personalidad humana. Lo cierto es que el socialismo se presenta, con especialidad en las naciones latinas, revestido de un carácter que señala bien á las claras la reacción, cierto espíritu á la antigua, mal capitalísimo, donde radica su incurable impotencia. Pedir hoy al Estado la solución del problema social, como en tiempo de los Gracos, es pedir un desvarío. La democracia moderna sabe aminorar los males sociales; pero no por el procedimiento antiguo, sino por el procedimiento de la libertad. ¿Creéis, trabajadores, que el Estado es como el cielo? ¿Creéis que convertirá en bienes

vuestro sudor, cuando se lo entreguéis, como la atmósfera convierte en lluvia las evaporaciones del mar? El Estado no podrá hacer cosa alguna sin exigir grandes tributos, y no podrá alcanzar esos grandes tributos sin que salgan del producto de vuestro penoso trabajo, sin que mermen vuestro mezquino salario. No esperéis, pues, la solución del problema socialista del Estado, como sucedió en Roma. Y, sin embargo, estadme atentos, y veréis que aun en Roma, si el problema social se hubiera resuelto por la libertad, acaso no vinieran los tristes días del Imperio, la muerte infame de la ciudad eterna, convertida por la libertad en severa reina de las naciones, y convertida por el socialismo en inmunda prostituta, hecha una llaga, expirando en un estercolero. Roma se fundaba sobre la conquista. El último y el más individualista de los pueblos antiguos, se basaba sobre la propiedad. Desde los tiempos de Numa, la propiedad tenía un carácter sagrado. Por esta naturaleza de la propiedad, fué imposible allí la tantas veces intentada reacción hacia las castas. Pero basada Roma en la conquista, la propiedad había sido conquistada por todos. De aquí, aparte de la propiedad quirita-

ria, guardada celosamente por el dios Término, la existencia del ager público, de la tierra pública, que en realidad debía ser de todos los guerreros, de todos los que habían contribuido á las conquistas. Pero por medios que no son del momento referir, los patricios y los caballeros habían acaparado las tierras que eran de todos, que habían sido ganadas por todos, que debían, por consecuencia, tener todos. Los Gracos no pedían la destrucción de la propiedad; bien al revés, pedían la creación de la propiedad. En realidad, querían destruir la inmensa confiscación de la propiedad por el Estado. Y allí, el problema social no tenía más que el término de la propiedad. No existía el término del trabajo. El único trabajador era el esclavo. Pero el esclavo no era hombre, era casi como el buey del campo, como el perro de la casa. Los patricios habían convertido sus propiedades en prados; la tierra de labor en tierra de pasto. Y así, sólo necesitaban un esclavo que guardase sus ganados, esclavo á quien ni siquiera daban de comer, dejándolo entregado á la fatalidad, al sustento que pudiera procurarse en los campos. Así, en Roma, donde no se conocía en los tiempos en que el problema

social aparece, no se conocía el trabajo como entre nosotros, el problema social tenía dos soluciones; la solución democrática, que hubiera consistido en desamortizar el campo público y convertir al ciudadano en propietario y trabajador de ese campo; la solución socialista, que hubiera consistido en dejar la propiedad en manos del Estado y alimentar al pueblo ocioso con los productos del fisco. Imaginaos que se hubiera adoptado la primera solución, la solución democrática. La democracia se hubiera conservado; los tiempos del agricultor Cincinnati hubieran vuelto; el ciudadano, alejado de la sociedad, convertido á cultivar su tierra, se hubiera preservado del vicio que lo devoró; las grandes virtudes republicanas, que no anidarán nunca en el alma de los esclavos, hubieran traído la salud del mundo; y el tránsito de una edad á otra edad de la historia, acaso no hubiera necesitado nunca de aquella catástrofe de los bárbaros, que fué como el cautiverio aplicado á la corrupción universal, traída por aquel monstruoso Estado, que convirtió la humanidad en la impura manceba de Heliogábalo. La solución democrática era fácil; respetar la propiedad privada, desamortizar la pública pro-



piedad. Pero ¿qué solución sobrevino? ¡Ah! Sobrevino la solución socialista. Sobre la ruina de la libertad, sobre la ruina del arte, sobre la ruina de la República, se levantó un hombre que era cónsul, tribuno, dictador perpetuo, imagen fiel del Estado, inmenso, infinito; y aquel hombre era el jefe de las legiones, el oráculo del derecho, el sumo pontífice de la religión, el juez supremo y el supremo artífice; el que convertía los senadores en sus cortesanos, los soldados en sus gladiadores, Roma en el lecho de sus placeres, los pueblos en sus esclavos, el mundo en su palacio, el cielo en su cómplice; porque aquel César, ora astuto, ora asesino, ora ladrón, ora voluptuoso; siempre desesperado, en medio de las mayores grandezas; siempre vicioso, aunque le hubiera dotado la naturaleza de las mayores virtudes; al creerse un Dios, al condensar en su frente el espíritu humano, convertíase en asqueroso bruto, que, á manera del cerdo, vivía revolcándose en la inmundicia. Pues bien; ese César hizo todo lo posible por el pueblo, todo. Sacrificó á sus plantas la aristocracia, lo emancipó de la aspereza del trabajo, levantó casas para alojarlo, fundó una inmensa alhóndiga donde le repartía

su ración diaria de trigo, construyó baños como no los tendría hoy un rey, cubrió con toldos de púrpura el techo de sus teatros, con polvos de minio y oro sus circos, cazó leones en la Numidia y hombres en los Alpes, para darle luchas de fieras y de gladiadores; pero le quitó la libertad, y aquel pueblo, harto de pan y necesitado de justicia, se debilitó, se corrompió, no pudo sostener en sus manos ni la espada ni el arado, llegó á la extenuación del cuerpo, á la imbecilidad del alma: y un día vinieron hombres valientes, aunque no tan felices; más grandes, porque eran más libres: y arrojaron de sus palacios á aquel pueblo, que al esclavizarse por un pedazo de pan, se convirtió de pueblo de héroes en pueblo de prostitutas.

Trabajadores: después de este grande ejemplo, no hay que buscar el bien del trabajador en la esclavitud, porque encontraremos su miseria. No lo dudéis, el trabajo principal de la democracia es procurar vuestra emancipación y asegurar vuestro derecho. Representa en la historia progresiva del mundo el momento feliz en que el estado último, proscrito tantos siglos, y marcado con la ignominia, aparece en la sociedad reclamando la libertad que le per-

tenece de justicia. Ciertamente, una sociedad no es grande, no es hermosa por tener formidables escuadras, numerosos ejércitos, lujosas aristocracias, muchos magnates; sino por el grado de bienestar que gozan esas clases trabajadoras que la sostienen con sus fuertes brazos. Importan poco los palacios del Oriente, los jardines aéreos, las torres frizando con las nubes, las ciudades encantadas, los muros teñidos con los colores del iris, si al pie de tantas maravillas se consumen, arrastrando sus cadenas, generaciones de esclavos. Vosotros, pobres trabajadores, que continuáis las obras de Dios, que pulís el planeta, que arrancáis las espinas á sus campos, que tejéis las fibras de las plantas y el vellón de los corderos para cubrir nuestra desnudez, que herís el suelo haciendo brotar por doquier los manantiales necesarios para la vida; vosotros merecéis ser libres é iguales en el derecho, para continuar con dignidad la obra maravillosa de infundir el espíritu humano por todos los poros de la tierra. Pero no queráis una sociedad en que sea preciso herir en vuestro favor ninguna de las manifestaciones de la libertad, porque al herir la libertad, os herís á vosotros mismos en vuestros derechos. La ley

de la naturaleza humana es una, y si creéis que merece más libertad el pensamiento que el trabajo, la actividad intelectual que la actividad material, como creen los socialistas, os exponéis á que renazcan á vuestros pies aquellas castas antiguas que os condenaban á eterna inferioridad moral, y con la eterna inferioridad moral á perdurable hambre. Las asociaciones comunistas han pasado, han muerto. El espíritu ascético de la Edad Media las creó fuertes y poderosas, les dió templos para orar, bibliotecas para instruirse, campos para trabajar, magníficas viviendas que eclipsaban los palacios de los reyes; y si durante el tiempo que no se oyó en la historia la voz de la naturaleza, ni en el espíritu del hombre el sentimiento individual, pudieron vivir en armonía con la civilización, así que vino el siglo del Renacimiento decayeron, y se aniquilaron así que vino el siglo de la revolución. Y es porque todo el movimiento de la civilización, todo el trabajo de la historia converge por una ley ineludible á crear esta personalidad humana, fuerte y poderosa, superior á todo cuanto le rodea, grande si es soberana de sí misma, porque sólo á este precio es digna, y soberana de sí misma solamente cuando

es libre. No se me oculta que la libertad tiene sus males. Pero ¿dónde en la naturaleza humana, que por todas partes choca fatalmente con el límite, dónde no estará el mal? El dolor entra como una cantidad necesaria en la vida moral, y el mal entra en la vida material. Además, que el mal absoluto no existe; y así como de todas las leyes de la naturaleza, aun de aquellas que nos parecen más crueles, resulta el bien; de todos los efectos de la libertad, aun de aquellos que nos parecen más subversivos, resulta á su vez el bien. No hay noción superior del bien á la que consiste en asegurar que cada ser lo realiza cuando cumple su fin. Pues el hombre no puede cumplir su fin sin el medio propio, universal de su acción, sin la libertad. Luego la libertad es, no lo dudéis, la condición primera de la vida. Esto es tan cierto, que donde la libertad no existe, ¡ay! no existe la vida. Mirad lo que ha hecho el trabajador libre de las ásperas selvas del Norte de América. Un paraíso. Mirad lo que ha hecho el trabajador esclavo, el trabajador mahometano de las más hermosas regiones de la tierra, del Bósforo, del Norte de África, de las islas griegas. Un desierto. ¡Oh libertad! Al maldecir de ti,

maldecimos, como el blasfemo, de nosotros mismos; al renegar de ti, renegamos, como el suicida, de nuestra misma vida. Los Estados, cuando no se limitan á asegurar la coexistencia de todos los derechos, violan en su interés propio alguna manifestación de la libertad. Y he aquí la principal desconfianza que me inspiran sin excepción todas las escuelas socialistas. No pueden fundar sus arbitrarias teorías sin una rehabilitación del Estado; no pueden rehabilitar el Estado sin volvernos á los tiempos del absolutismo. Cuando declaran á la libertad impotente para curar vuestros males, para dulcificar vuestros trabajos, para promover vuestro crédito, para activar vuestro tráfico, declaran á la libertad poco menos que inútil. Así educan generaciones de esclavos. Cuando declaran que el Estado sólo puede organizar el trabajo, organizar el crédito, declaran al Estado superior al derecho, al Estado superior á la libertad. Así restauran el absolutismo. En aquellos tiempos en que se creía que el Estado era dueño de una ciencia infusa y llevaba en sí un derecho superior divino, de tal suerte, que los hombres le acataban como la imagen de Dios sobre la tierra, en los tiempos del absolutismo,

se explica fácilmente que los hombres creyeran al Estado con una ciencia superior para sondear las llagas sociales, con un remedio superior para curarlas. Pero hoy que vamos á todo andar, á reintegrarnos á costa del Estado en todos nuestros derechos; hoy que proclamamos la libertad de pensar, porque no creemos en su infalibilidad; la libertad de enseñanza, porque no creemos en su ciencia; la libertad de asociación, porque no creemos en su omnipotencia social; la libertad del trabajo, porque no creemos en sus fuerzas; hoy sería indigno que le confiáramos la solución del problema, indudablemente más complicado y difícil, de aquel que no puede resolverse sino con la ciencia de todos, con el derecho de todos, con las fuerzas de todos, con la libertad de todos, con el capital y el trabajo de todos; por toda la sociedad libremente desarrollada en todas las direcciones de la vida. El progreso ha hecho que el hombre sea cada día más dueño de sí mismo; que delegue cada día en el Estado menos facultades y menos derechos. ¿Y quieren los socialistas que delegue en el Estado el derecho de procurarse el crédito, de procurarse el trabajo, de procurarse el sustento? Entonces el progreso

es mentira, la revolución un delirio; la democracia una escuela no de hombres, una escuela de esclavos. Así, notadlo: los fines socialistas podrán ser muy buenos y muy santos, pero los procedimientos, los medios son todos absolutistas, todos, por consiguiente, inadmisibles. Y como los medios, los procedimientos son malos, quiere decir que el absolutismo, en su fondo, es socialismo; y el socialismo es absolutismo. Importa poco que se ponga á servicio de la aristocracia ó del clero, ó de los antiguos reyes ó del pueblo; como es el mal, ha de dar el mal; que en la sociedad y en la naturaleza cada ser engendra su semejante, cada semilla da su fruto. Investigad uno por uno los medios, los procedimientos socialistas y decidme: cuál hay que no sea absolutista, cuál hay que no sea conocido en la sociedad, abandonado ya por la revolución. Recorramos algunos al acaso.

El dominio del Estado sobre la propiedad es una teoría socialista. ¿Qué otra cosa propone el autor de *La Icaria*, sino la abolición de la propiedad individual? ¿Qué otra cosa el mismo autor de la *Organización del trabajo*, cuando pide que las sucesiones colaterales sean

abolidas y pase la herencia en este caso al fondo común social? ¿Qué significan las interpretaciones simbólicas dadas por el autor del libro *La Humanidad* á los nombres de los patriarcas, sino una reseña de los graves males que, según él, trae la propiedad? ¿Qué significa aquella especie de pontificado industrial de los sansimonianos, el cual puede disponer de las personas y de las cosas? ¿Qué el grito, aun resonante, que nos ha dicho: disminuye la propiedad á medida que aumenta la libertad? Significa, en último resultado, la confiscación de la propiedad por el Estado, á título de su dominio superior y eminente. Pues bien; esta teoría es la misma teoría absolutista. Los reyes antiguos disponían á su arbitrio de la propiedad de la tierra. El menor delito político lo castigaban con la confiscación de los bienes del culpado. Repartían tierras entre sus cortesanos. Por un capricho estético, confiscaban un campo, una casa. Apoderábanse, como hizo varias veces Felipe II, hasta de las naves que venían de América con dinero para los particulares. Mirad, pues, si no tengo razón al decir que en el fondo del socialismo se encuentra el absolutismo. La eterna honra de la

democracia es haber escrito entre los derechos fundamentales, lo mismo en la revolución de 1777, que ha creado la democracia americana, que en la revolución de 1789, que ha creado la democracia europea: la propiedad. La eterna honra de la democracia es haber prohibido para siempre la confiscación, expulsada ya de todos los códigos modernos. ¿Queréis volver á los tiempos en que la propiedad estaba á merced del Estado? Entonces habéis quitado todo aliciente al trabajo, todo encanto al ahorro; habéis destruído la consanguinidad entre vuestro organismo y la naturaleza; habéis interpuesto una sombra maldita entre vuestro fecundo trabajo y la tierra, esa eterna madre en la cual prende el espíritu por la raíz de la propiedad. No es posible que vosotros, oh trabajadores, vosotros, los soldados de la libertad, hicierais retroceder al mundo en su camino.

Otro de los procedimientos socialistas es la organización del trabajo. No les basta la ley de la libertad para ordenarlo; necesitan otra ley que llama el socialismo justicia, y que realmente es la arbitrariedad del Estado. La organización del trabajo: he aquí la palabra de orden del socialismo. En el mundo que ha señalado el más

activo de los socialistas, no hay propiedad, ni moneda, ni compras y ventas; la comunidad recoge los frutos de la tierra, los productos del trabajo, y á cambio de ellos, instruye, alimenta, viste y aloja á todos los ciudadanos. Otro socialista dice: «¡El Estado es el regulador supremo de la producción, y debe hallarse revestido, para cumplir este fin, de un poder muy fuerte!» ¡El Estado revestido de ese poder! ¿Con qué derecho nos quejaremos hoy, si tal teoría admitimos, de que arranque brazos con la guerra á la agricultura; de que estanque las materias indispensables para la vida, como la sal; de que nombre los maestros y expida títulos para todas las profesiones, arrogándose una capacidad superior á la capacidad de todos los hombres? Pero ¿á qué hablo de hoy? El socialismo no es solamente conservador, es algo más que eso; es también reaccionario. El antiguo absolutismo entregaba al Estado la facultad omnímoda de organizar el trabajo. El antiguo régimen vendía el derecho de trabajar; decretaba los oficios que cada cual podía ejercer; obligaba, por la corvea, á la sustitución; nombraba los maestros, y de esta suerte organizaba el trabajo, y al organizarlo completamente, lo

aniquilaba. Si esa organización del trabajo por el Estado es justa, es de derecho, volvamos pronto, volvamos sin repugnancia al siglo décimo-cuarto, y veremos á D. Pedro *el Cruel* negando á sus vasallos el andar baldíos en los caminos; mandando á los zapateros cómo han de hacer los zapatos, según sean de cordobán, de lo dorado; á los alfayates, cómo han de tejer los paños, según sean de tabardo ó capirote; á los remendones, cómo han de ser de recias las suelas; y á los carpinteros, ferreros, armeros, acicaladores, cómo han de realizar su trabajo, y á todos el precio de ese trabajo; llegando así á una organización bárbara, bajo cuyo peso el alma sólo encontraba esclavitud y el cuerpo hambre. No hay diferencia esencial entre esta organización y aquella que proponía: «1.º La distribución en cada municipio de los ciudadanos por clases. 2.º El nombramiento de magistrados destinados á cuidar de los trabajadores. 3.º La determinación por la ley de las horas de trabajo. 4.º La aplicación de las máquinas por la Administración pública. 5.º La inspección de los trabajadores por la Administración municipal, que deberá á su vez informar á la Administración suprema.» ¿No os asfixiáis en una sociedad

semejante á una sociedad absolutista, vosotros tan libres? No es el trabajo reglamentado, el trabajo convertido en máquina, el trabajo que lleva el trabajador al taller, como el pastor lleva el buey á la coyunda; no es ese trabajo esclavo el que ha escudriñado con el telescopio los cielos; el que ha vinculado en unas letras la inmortalidad del pensamiento; el que ha medido la gravitación universal y ha pesado el aire, y ha encontrado los gases, y ha infundido alma á la materia con el vapor, y ha dado á la palabra alas con la electricidad, uniendo los continentes, anticipando el día de la comunidad de ideas y de derechos entre los hombres, no; el que ha hecho todas estas maravillas es el trabajo libre, que ha de ser la redención del trabajador, el hermosteamiento y la perfección de la tierra.

Y lo que digo de la organización del trabajo por el Estado, digo de la organización de las asociaciones por el Estado. No hay principio tan fecundo como el principio de asociación. El trabajador aislado sucumbe. No puede, solo, resistir las exigencias del capital. El capitalista tiene interés en que mengüe el salario. Pero asóciase el trabajador con sus

hermanos, y verá cómo se alivia su triste suerte, su dura condición. Podrá poner por sí mismo el precio del trabajo; podrá señalar sus horas; podrá tener una caja de ahorros á poca costa y encontrar en ella apoyo en la vejez, algún recurso para su viuda, alguna esperanza de que sus hijos, mientras sean niños, han de hallar, si muere, en la asociación recursos y amparo. Estos resultados de la libre asociación no son utópicos, no. Se han realizado. En Inglaterra comenzaron en 1843 las sociedades cooperativas. Aquellas sociedades no pedían apoyo ninguno al Gobierno, ni un céntimo al Tesoro. Cada trabajador dejaba en un fondo siete cuartos por semana. Pues con estos siete cuartos llegaron á su redención por sí mismos. Imaginaos lo que os exige un Gobierno por asegurar vuestro trabajo; imaginaos cómo grava con los consumos el pan de vuestra mesa; imaginaos cuántos empleados, cuántos burócratas sostiene con el sudor de vuestra frente; y decid luego si no es pródiga la asociación voluntaria que os promete la democracia. Esas asociaciones inglesas comenzaron con 28 socios y un capital de 2.000 reales, y á los diez y ocho años tenían 4.000 socios y un capital de 4 mi-

lones de reales. Mirad en cambio lo que hicieron los talleres nacionales franceses, aquellos talleres socialistas fundados por el Estado, mantenidos por el Estado. ¿Qué hicieron? Fomentar la pereza, comprometer el trabajo individual, producir malo y caro, perturbar las leyes económicas, subventar la sociedad, y cansar de tal modo á los trabajadores mismos, que prefirieron el mañana inseguro, el pan incierto, el trabajo forzado, al amargo pan del socialismo, como el ave prefiere á la jaula de oro y al regalo de la esclavitud, el cielo azul que le convida con el bien de la libertad. Reglamentad las asociaciones por la fuerza del Estado, y tendréis también otra institución absoluta: los antiguos abolidos gremios, donde no había trabajadores, sino siervos. Imaginaos que el socialismo lograba todas las maravillas posibles. Imaginaos que fundía la nieve del polo, poblaba los desiertos de África, convertía en limonada gaseosa el mar, acercaba el mayor número de astros á nuestros hemisferios, levantaba el Edén perdido sobre la tierra, bordaba con una primavera eterna los campos, suprimía la lucha, el dolor, la pena; alcanzaba alas como las del águila para nuestro pesado cuerpo, me-

---

dios de subir de esfera en esfera hasta el sol de los soles; el néctar de los dioses para apagar nuestra sed, la ambrosía para satisfacer nuestra hambre; transformar nuestro organismo en una forma tan bella como la forma de las estatuas clásicas, darnos la serenidad límpica, difundir por nuestras venas todos los placeres que hay derramados por el universo; si para esto nos numeraba como esclavos; si hacía del trabajo una fuerza ciega, bien podíamos decirle:—Aparta; es mejor que el dominio sobre miriadas de soles y de planetas, la austera libertad.

Pero pongamos un término á estas observaciones contra la mayor plaga de nuestro tiempo: que si hubiéramos de combatirla cual merece, no deberían jamás concluir nuestras afirmaciones de la libertad, como nunca concluyen las atrevidas negaciones socialistas. Hémoslas ampliado de tal suerte para que pueda por sí mismo enterarse quien leyere del servicio práctico y tangible prestado por D. Nilo Fabra con este su libro á la cultura contemporánea. Hombre de observación y experiencia; muy ducho en materias económicas; muy al cabo de los problemas contemporáneos; atento así al curso

de las ideas como al curso de los hechos; el señor Fabra se ha esmerado en presentarnos con grande animación y verdad lo que sería el socialismo prácticamente si las desvariadas utopías de tan errónea escuela pudieran realizarse y cumplirse. No conozco una refutación más feliz de todos los desvariados ensueños comunistas que probarlos en piedra de toque tan segura, como la ofrecida por una hipótesis, cual ésta de su realización más ó menos imaginaria.

El socialismo cambia de nombres y de apóstoles, pero no cambia de sustancia. El mir eslavo de Bakounine, así como el principio colectivista de Marx, así como el socialismo de la cátedra hoy en boga, se resuelven todos, sin excepción, en la primera comunidad indistinta é indefinible de las sociedades prehistóricas. El error de los socialistas puede tomar muchos aspectos, pero jamás cambia de carácter fundamental y de intrínseco espíritu. La tribu nómada, sujeta de suyo al matriarcado primero, y después al patriarcado, así como el convento, donde todos comen y rezan y trabajan á toque de campana; estos dos ejemplos, muy vulgares y sencillos, esbozan en la realidad

ese ideal, que muchos creen humanitario y progresivo.

Así el Sr. Fabra pudo constituir esta obra curiosísima, que nunca le agradeceremos bastante los partidarios de la libertad, con sólo recoger y agrupar los materiales diseminados en la historia de los tiempos más atrasados y remotos. Pero lo que verdaderamente caracteriza su obra, y de otras consagradas al mismo tema la distingue y separa, es el acierto con que ha sabido presentar la contradicción, reinante de suyo entre la expansión de la personalidad humana, la cual tantos medios ha encontrado en la ciencia para romper todas sus cadenas, y el impulso contrario de las ideas comunistas para de nuevo meterla en la ergástula, y, so pretexto de alimentarla, reducirla tristemente á irremediable servidumbre. Un mundo en posesión de las fuerzas expansivas sumadas por el progreso á las nativas expansiones de nuestro espíritu, no puede, como el Sr. Fabra muestra con mucha ciencia en el pensamiento y mucha novedad en la forma, no puede recortarse y reducirse hasta entrar dentro de fórmulas contrarias al derecho y á la libertad.

Leed el precioso libro de mi amigo, y os

---

persuadiréis á creer que, lejos de adelantar admitiendo el socialismo, la sociedad caería de espaldas en la reacción. Mis felicitaciones más cumplidas, por su bello y bien pensado libro, al autor.

EMILIO CASTELAR.

Madrid, 25 de Febrero de 1892.





La revolución social.  
Después de la revolución social.  
La huelga de las mujeres y la anarquía.  
En plena anarquía.  
La restauración burguesa.  
Epilogo.

# LA REVOLUCIÓN SOCIAL.

---

(CARTAS DEL COMPAÑERO ESPAÑEZ.)



Madrid, 1.º de Mayo.

YA ha sonado, querido amigo, la hora de la emancipación de los desheredados. Al despotismo del Trono y de la nobleza, que el tercer Estado supo sacudir á fines del siglo XVIII y principios del XIX, sucedió la opresión del capital sobre las clases obreras. Los antiguos señores, movidos tal vez por egoístas intereses, atendían con relativa solícitud á sus vasallos. Eran el estómago de aquella sociedad;

pero cuidaban al menos del brazo que les proporcionaba el sustento.

Si la Iglesia poseía considerables bienes, los usufructuaba en gran parte el menesteroso; al predio concejil, comunal ó de propios se acogía el mísero labriego, y hasta la indolente acción del patrimonio del Estado ó de la Corona constituía muchas veces el pan de la indigencia; pero á medida que fueron desapareciendo las manos muertas, para convertirse en propiedad individual, el poseedor procuró sólo extremar para sí el producto, dejando en abandono y desamparo al desvalido.

La burguesía, devorada por la codicia, entregábase á la desenfrenada explotación del sudor del pueblo, del hambriento y sufrido pueblo, á su calor nacida. En vano durante medio siglo quiso entretenerle con ilusorias libertades, que él, inocente y ciego, acogía con candoroso júbilo. Sometidas las reformas políticas á los procedimientos experimentales, quedaron de manifiesto sus menguados frutos, y roto el velo del convencionalismo económico, apareció la realidad en todas sus formas descarnadas, sembrando el terror y el espanto en los insaciables comensales del festín de la fortuna.

.....

Hoy al amanecer se han declarado en huelga los obreros de todas las ciudades del mundo

civilizado. Las fuerzas de los poderes públicos han fraternizado con nosotros. El Ejército, la Guardia civil, la de Orden público y hasta los alguaciles, han sido disueltos. ¡El triunfo es



nuestro! ¡Pero qué triunfo! ¡Como no podía forjarlo el deseo! Lo único que me apena es la indiferencia, por no decir hostilidad, con que esos estúpidos labradores acogen la revolución social. No parece sino que ellos no son también los redimidos; pero se hará la luz, y penetrando en los más recónditos parajes de la tierra, iluminará el nuevo día como el más glorioso, excelso y esplendente que ha presenciado el género humano.



Madrid, 2 de Mayo.

El pueblo redimido del capital se entregó ayer á extraordinarias expansiones de alegría. Los desmanes fueron pocos, limitándose á alguna que otra venganza personal; pero hoy, agotadas las provisiones de los mercados, sin pan las tahonas y cerrados los almacenes, las gentes en confuso tropel, derribando puertas y atropellándolo todo, asaltan las tiendas de comestibles, con el vértigo y la desesperación del hambre. ¡Cuántos desórdenes! ¡Qué de crímenes! ¡Cuánta sangre derramada á impulsos del feroz instinto de conservación! ¡El movimiento revolucionario desborda los límites de la igualdad, de la fraternidad y de la moral universal! Soy entusiasta defensor del socialismo, pero no quiero la anarquía. Hay que dar la batalla á los que se entregan al saqueo, al incendio y al asesinato. ¡Á las armas, compañeros, contra esos insensatos adoradores de la negación! ¡Restablezcamos, ante todo, la paz, que después fundaremos sobre bases estables y duraderas la nueva sociedad!





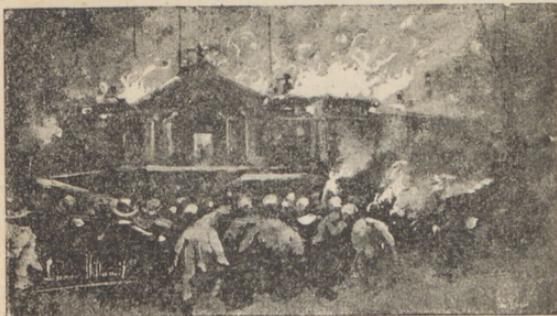


Madrid, 3 de Mayo. ]

El Museo del Prado, el Congreso, la Bolsa y el Banco de España están ardiendo; los anarquistas, arrojados del centro de Madrid por improvisadas legiones de socialistas, se batien en retirada; pero en su desesperación apellan al petróleo, á la pólvora y á la dinamita, y destruyen

cuanto encuentran al paso. ¡Guerra sin cuartel al enemigo! Cuantos caigan en nuestras ma-

nos, perezcan colgados de las farolas eléctricas; que después cuando impere la justicia sobre la tierra, suprimiremos la pena de muerte.



Madrid, 4 de Mayo.

Las turbas de anarquistas se retiran por la carretera de Vallecas. La estación del ferrocarril del Mediodía parece inmenso volcán en ignición. Al rojizo resplandor del cercano incendio, se ve á los pobres enfermos del Hospital provincial agolpados á las rejas, mientras que sus voces de auxilio ensordecen el aire. Há cuatro días que carecen de alimentos: los petroleros saquearon las provisiones. ¡Y gracias que los médicos, los enfermeros y las Hermanas de la caridad no se adhirieron á la huelga! Se refieren prodigios de abnegación y heroísmo por parte de aquellas ciudadanas. ¡Lástima grande que la revolución no pueda conservarlas en sus puestos; pero ante todo están los principios, que sólo admiten el servicio laico. ¡Las infelices se empeñan todavía en creer en Dios!





Madrid, 7 de Mayo.

La población está tranquila. Nos vemos al fin libres de anarquistas. Los que se salvaron de la refriega ó de la justicia popular andan dispersos por el campo, donde los aldeanos, armados de escopetas, hoces, horcas y palos, dan cuenta de ellos, acosándolos y persiguiéndolos como á perros rabiosos.



Acabamos de formar la Junta social revolucionaria. Reunidos al efecto unos cuantos compañeros en el Ministerio de la Gobernación, hemos tomado la representación provisional, no sólo del pueblo de Madrid, sino de toda

España, y nombrado la comisión ejecutiva. Yo formo parte de ella. Los burgueses, resignados con su suerte, se han retirado á sus casas.....

La primera medida de la Junta ha sido decretar la limitación del trabajo á un máximo de ocho horas diarias para los adultos, y la supresión del trabajo á destajo y por subastas.

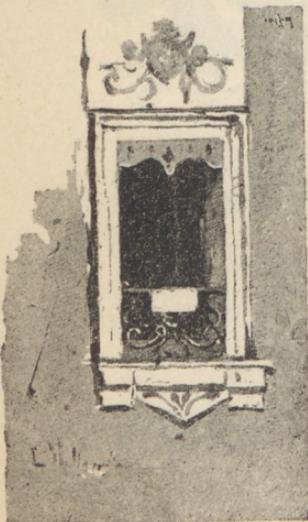


Madrid, 9 de Mayo.

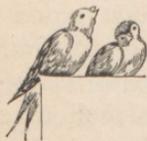
Afluyen al mercado las provisiones, las tahonas trabajan, los burgueses no dicen esta boca es mía; por cuenta del Estado se distribuyen gratuitamente comestibles en abundancia, y sin embargo, invaden la calle numerosos gru-

pos de descontentos. Hace veinticuatro horas que somos poder, y ya nos tachan de reaccionarios, no faltando quien pida á voz en grito nuestras cabezas. ¿Por qué? Porque la Junta no proporciona trabajo á la inmensa masa de obreros que carece de él. Los particulares se niegan á emprender obras y aun á proseguir las comenzadas, temerosos de que con las nuevas condiciones del trabajo sufra menoscabo el capital invertido en aquéllas.

Otros van más allá: creen que según andan las cosas se suprimirán los alquileres. En cuanto á los patronos, ó dueños de industrias, la mayor parte dicen que prefieren vivir de sus economías, ó como simples



obreros, á estar á merced de éstos. El capital se retrae, el dinero se esconde y falta el trabajo; pero ¿qué importa? El Estado lo resolverá todo.



Madrid, 11 de Mayo.

La Junta revolucionaria ha decretado que se construya y fabrique por cuenta del Estado. Edificaremos barrios de obreros, restauraremos los edificios incendiados, dándoles mejor destino en beneficio de las clases trabajadoras, y desde mañana funcionarán los talleres nacionales. El Estado será el supremo patrono.



Madrid, 12 de Mayo.

Esta mañana se ha dado comienzo á las obras; pero ha sido preciso suspenderlas á mitad del día, porque llovía á cántaros. Los albañiles reclaman el jornal entero, aunque no han trabajado más que cuatro horas. Proponen, en cambio, ganar el tiempo perdido en cuanto abonance. La Junta, en nombre del principio fundamental de las ocho horas diarias de trabajo como máximum, no acepta semejante ofrecimiento, y acuerda: primero, que se abone el jornal íntegro; y segundo, que el Estado pague las deficiencias atmosféricas.



Madrid, 15 de Mayo.

Á las dos de la tarde se abre en el ex Senado la sesión pública de la Junta. Se leen peticiones de obreros solicitando una información oral. Se acuerda por unanimidad, y se da audiencia á los representantes del arte de la construcción. Los aprendices reclaman el mismo jornal de los peones, éstos el de los peones de mano, quienes á su vez no quieren ser menos que los maestros albañiles. Los últimos



L. M. Fabra

preguntan : « ¿ Por qué razón no hemos de disfrutar de los mismos emolumentos que tienen los maestros de obras ó los arquitectos? »

Se pone á discusión este asunto.

El compañero Simónez manifiesta que hay que darle á cada uno según la aptitud, y á la aptitud según las obras.

El compañero Blanes interrumpe al orador,

diciendo que éstas son antiguallas, que los principios modernos no admiten la excelencia del trabajo, y que todos los obreros *materiales* ó *intelectuales* deben ser iguales ante la ley del salario.

Rectifica el compañero Simónez y pide la votación inmediata.

Se acuerda por mayoría el principio nivelador.

Los arquitectos, los maestros de obras, los albañiles y los peones de mano, protestan invocando sus largos estudios los unos, su reconocida habilidad los otros, y su práctica como ayudantes los demás.

El compañero Blanes contesta que no puede admitir de ningún modo la aristocracia del trabajo. La Junta, añade, acaba de tomar un acuerdo y hay que cumplirlo.

Los maestros albañiles montan en cólera, y amenazan con la huelga hasta que se reconozca su superioridad sobre los peones.

Ante la cuestión de orden público, muchos individuos de la Junta parecen dispuestos á revotarse.

El compañero Posádez propone la siguiente fórmula conciliadora: «La unidad de jornal; pero que éste sea cuatro veces mayor que en los ominosos tiempos de régimen burgués.» (*Aplausos estrepitosos.*)

El compañero Plata, encargado de los asuntos de Hacienda, se levanta indignado, gritan-

do: «¿Y quién va á pagar todo esto? ¿Los particulares? No hay uno que quiera edificar....

El capital se ha declarado en huelga.»

*Una voz.*—Pues que se obligue á los dueños de solares á levantar edificios, so pena de perder la tierra.

*El compañero Plata.*—Sería muy bueno si hubiese quien la quisiera con semejante condición.

*Otra voz.*—Que se encargue el Estado.....

*El compañero Plata.*—¡El Estado, siempre el Estado; como si fuese mina inagotable! Há quince días que triunfó nuestra noble causa, y las arcas del Tesoro están exhaustas. Impusimos contribuciones extraordinarias, y apenas han dado fruto.

*El compañero Blanes.*—Pues á embargar y á vender las fincas.

*El compañero Plata.*—¡Como si hubiese compradores!

*El compañero Estrella.*—¿Y el metálico que se salvó en los sótanos del Banco, para qué sirve?

*El compañero Plata.*—En efecto, se salvaron 200 millones en oro, plata y calderilla,



gracias á la orden del gobernador del Banco, que mandó anegar las cuevas.....

*Una voz en la tribuna pública.*—Que se reparta ese dinero á todos los españoles.

*El compañero Plata.*—Somos 20 millones de españoles y tocaríamos á 10 pesetas por cabeza. Con esto nadie saldrá de apuros, y en cambio los billetes de Banco en circulación no tendrían valor alguno.

*La misma voz.*—Sólo á los necesitados.

*El compañero Plata.*—Si perdiesen su valor los billetes de Banco y no reconociéramos la propiedad, casi todos los españoles resultarían iguales.

*La misma voz.*—¿Y los burgueses que han vivido acaparando el metálico?

*El compañero Plata.*—Esta es una insignificante minoría.

*El Presidente, agitando la campanilla.*—Basta de digresiones. Se va á leer una proposición incidental.

Un secretario lee la siguiente: «Pedimos á la Junta que anule el acuerdo que acaba de tomar, y que disponga el nombramiento de una Comisión de peticiones, la cual emitirá dictamen sobre el



asunto de los obreros del arte de la construcción.»

Esta proposición da lugar á un borrascoso debate; pero al fin es aprobada.

*El Presidente.*—La reclamación de los albañiles pasa á la Comisión de peticiones. Á su tiempo se proveerá.....

*Una voz en la tribuna de la prensa.*—*Ad calendas græcas.* ¡Como en las Cámaras burguesas!



Madrid, 18 de Mayo.

Un labrador de la provincia de Zamora, en representación de muchos de sus compañeros, solicita audiencia de la Junta revolucionaria, y admitido á su presencia, se expresa en estos términos:



—Tengo en arrendamiento una tierra de pan llevar, y labro 200 fanegas de secano. De esta tierra no cultivo más que la mitad, alternando cada año, dejando el resto de barbecho, porque desgraciadamente no se puede hacer otra cosa en una gran parte de España, dadas las condiciones del suelo. Por lo tanto, siembro cada año 100 fanegas, y en los mejores, á razón de 6 fanegas de trigo por cada fanega de tierra de 300 estadales, recojo 600 fanegas.

De éstas hay que deducir: 100 para el dueño ó propietario de la tierra, y 100 para la siembra; total, 200. Me quedan, pues, 400 fanegas, que vendidas por término medio á 35 reales, resultan 14.000 reales.

Con esta suma he de pagar los gastos de producción, que son los siguientes:

	Reales.
Cinco vueltas á la tierra (tres de barbecho, una para tapar el trigo y otra para arrejacar).....	5.000
Un sembrador, á 10 reales por día, y espacio de seis.....	60
Descardar y deshierbar.....	200
Segar, á razón de 15 reales fanega de tierra.....	1.500
Acarrear, trillar, limpiar, conducir á la panera y cribar para la venta.....	3.000
Contribución.....	1.140
<b>TOTAL GASTOS.....</b>	<b>10.900</b>

Diferencia á mi favor: 3.100 reales; pero, deducidos los desperfectos del ganado y de los aperos de labranza, resulta que en los mejores años no me queda más que un mezquino jornal, con el que nos sustentamos mi mujer, cuatro hijos menores y yo.

Para conseguir este beneficio, mis auxiliares y yo trabajamos por término medio, excluidas las fiestas de guardar, doce horas diarias.

Ahora bien, si me obligáis á trabajar ocho horas en lugar de doce (prescindiendo de que las faenas del campo permitan el menor descanso en ciertas épocas, como durante la siega, la trilla y la vendimia), yo os pregunto: ¿cuántas fanegas de trigo voy á recoger?

La respuesta es muy sencilla. Si trabajando doce horas recojo 600 fanegas, trabajando ocho,



limitado el cultivo en una tercera parte, no obtendré más que dos tercios de producto, ó sean 400 fanegas.

De éstas, en vez de 100 no daré al propietario de la tierra más que 67, ó sea una tercera

parte menos, y guardaré para la siembra otras 67; total, 134.

Me quedarán, pues, 266 fanegas, que vendidas á 35 reales, importan 9.310 reales, ó sea 4.690 reales menos de lo que recaudo ahora, ó 690 reales menos de los gastos de producción, sin contar mi trabajo.

En suma: ó me condenáis á perecer, ó me obligáis á venderos el trigo un tercio más caro para que yo gane lo mismo que produce ahora mi tierra.

El compañero Blanes interrumpe al labriego, preguntándole:

—¿Si suprimimos al propietario, que no cultiva, y os regalamos la tierra, no saldréis ganando?

—No sé cómo esto pueda ser—contesta el campesino—pues si quitáis la tierra al legítimo poseedor para dármela á mí, bajo pretexto de que yo cultivo y él no, por la misma razón mañana tendréis que regalar mis mulas y mis aperos á los gañanes que me auxilian en el trabajo, porque ellos cuidan del ganado y emplean más que yo los útiles necesarios á la labranza. Supongamos, sin embargo, que no he de pagar la renta, ó sea las 67 fanegas de trigo. ¿Qué resultará entonces? Que vendidas éstas á 35 reales, me producirán 2.345 reales, cuya cantidad, unida á los 9.310 reales que obtendría con las ocho horas de trabajo diarias,

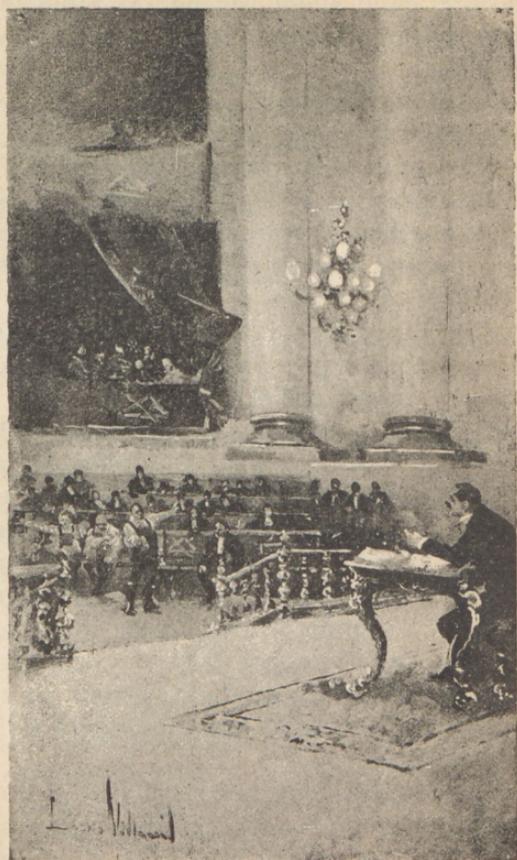
suma 11.655 reales, ó sea 2.345 reales menos de lo que gano ahora pagando al propietario y trabajando por término medio doce horas diarias.....

—¿Y si suprimimos la contribución?—pregunta el compañero Blanes.

—¡Eso nunca!—exclama el compañero Plata, encargado de la Hacienda.—¿Cómo pretendéis que haya ingresos sin contribuciones, y sin ingresos atender á las obras públicas, á los talleres nacionales, á las pensiones de los ancianos é inválidos y á otras complicadas y costosas reformas que traerá consigo la organización del trabajo por el Estado?

—Nosotros,—compañero agricultor—dice Blanes—no deseamos que disminuya la producción de la tierra. Lo que queremos es que no trabajes más que ocho horas al día, como máximo; primero, para que tengas un razonable descanso y adquieras mayor instrucción y cultura, y segundo, para que los numerosos jornaleros, inactivos por falta de ocupación, suplan al forzado reposo de los demás. La tierra producirá lo mismo que antes, pero habrá más labradores.

—En este caso—prosigue el colono—si ahora empleo, por ejemplo, seis gañanes, necesitaré nueve, ó sea una tercera parte más: se acrecentarán los gastos de producción y tendré que vender mi trigo un tercio más caro, y como lo



mismo ha de acontecer respecto del carretero que conduzca el trigo al mercado, del molinero que lo convierta en harina y del panadero que haga el pan, el resultado será que este último llegará á vuestras manos un tercio más caro de lo que pagáis ahora. Por análoga razón subirá el precio de los demás artículos necesarios para la vida, y como el encarecimiento de las cosas perjudica en primer término al pobre, las primeras víctimas de la limitación del trabajo serán los jornaleros á quienes tratáis de favorecer, con sana intención, no lo dudo, pero sin calcular bastante las consecuencias.

—¡Ese hombre—exclama el compañero Blanes—está vendido al oro burgués!

—Visto—dice el compañero Presidente.—Basta de agricultura.

Y se pasa á otro asunto.



Madrid, 27 de Junio.

Llevamos cerca de dos meses de Juntas revolucionarias y las cosas van de mal en peor. Nuestro gobierno fué muy breve. Después se constituyeron varias Juntas sin que ninguna lograra, no ya normalizar la situación, sino ni siquiera resolver el menor de los conflictos que se presentan en la reorganización del trabajo.

El compañero Blanes, que tanto vociferaba en la oposición, en cuanto echó mano de la cartera de Hacienda, se hizo reaccionario, creyendo que así inspiraría cierta confianza para realizar un empréstito; mas á los tres días tuvo que resignar el cargo, víctima de la impopularidad, pues las masas le acusaban de venal y de traidor á nuestra causa.

El compañero Simónez, cuya rectitud y austeridad de principios eran proverbiales, llamado al poder en un momento de efervescencia popular, no supo tampoco dar gusto al proletariado, que, ó no comprendía las teorías de aquel incansable apóstol del socialismo, ó las encontraba opresoras y dictatoriales.

El compañero Toro pasó todo el tiempo de su mando, que fué de cinco días y sus noches

correspondientes, pronunciando elocuentes discursos, sosteniendo que nadie tiene derecho á sustraerse al trabajo, que éste y los goces deben ser recíprocos, que los beneficios de la tierra y de la industria no pertenecen más que á la colectividad, y que sin comunidad de bienes no hay organización social perfecta. Un motín de obreros á quienes el Estado no pudo pagar un día de jornal, puso término al gobierno del infatigable orador.



Sucedióle Robert, un catalán que durante muchos años estuvo emigrado en Inglaterra. Menos orador que Toro, pero más reposado y metódico, se propuso organizar el trabajo fijando el salario, no según el mérito del obrero, sino partiendo de la base de las necesidades de cada uno. Eligiéronse al efecto jurados de trabajadores; pero el fallo de éstos, desechado por el voto popular, dió en tierra con el sistema, con su apóstol y con la Junta por éste presidida.

Por fin, aprovechando el general descon-

cierto que reina en Madrid y provincias, donde las Juntas socialistas se erigen en cantones independientes del poder central, el compañero Calleja, ex cabo del Resguardo de consumos, hombre de escasa instrucción, pero atrevido y enérgico, capitaneando una turba de desalmados asalta el Ministerio de la Gobernación, se apodera del telégrafo y se proclama Presidente del Gobierno provisional del Estado. Forma una Junta, hechura suya; organiza con gente de pésimos antecedentes una fuerza armada, que bautiza con el nombre de *Falange de la redención obrera*; encarcela á los más consecuentes y honrados defensores de las ideas socialistas, so pretexto de que conspiran á favor de la restauración burguesa; ratifica los decretos anteriores sobre la limitación del trabajo y la supresión del destajo; pero alegando la fuerza de las circunstancias, autoriza á testaferros suyos que contraten obras y obliguen á los jornaleros á no levantar mano de sol á sol; establece la previa censura para la imprenta, porque es lo único que sacó en claro del *Viaje á Icaria*, de Esteban Cabet; declara públicas las sesiones de la Junta, y no permite la entrada más que á sus amigos; anuncia la reforma de la propiedad, y sólo cuida de acrecentar la propia, y ordena cuatro corridas de toros semanales con la entrada gratuita.

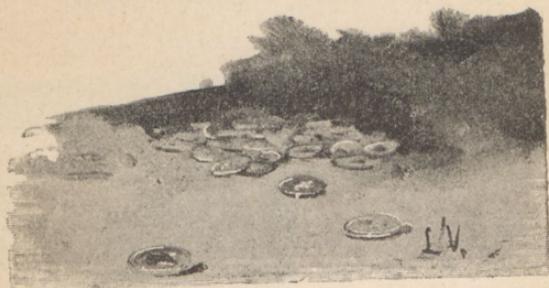


Tal es la situación presente. En vano el sentimiento público se subleva contra esta opresora dictadura. La partida de la porra se impone, y los infelices obreros que tienen el valor de la protesta, son objeto de cruentas persecuciones y tratados como viles instrumentos de la burguesía.

Entretanto, mengua el trabajo, aumenta el precio de las cosas, porque el Estado produce mal y caro, y los exiguos jornales del obrero llegan á sus manos tarde y mermodos.

¡Y yo soñaba en el perfeccionamiento físico y moral de la sociedad; creía que la competencia y el individualismo eran funestos á ella; aspiraba á la destrucción de todos los Estados nacionales y territoriales para fundar sobre sus ruinas el Estado internacional de los trabajadores, é impulsado por ardiente amor á los desvalidos, esperaba con ansia el venturoso día de la regeneración de las clases proletarias! Fijo en él mi pensamiento, veía al pueblo rebotando dicha y bienandanza, en medio de la apacible satisfacción que da el bienestar material, y llevado en alas de mi fantasía, recordando la célebre frase de Enrique IV, de Francia, imaginaba la futura familia del obrero, congregada alrededor de limpia y abundante mesa, saboreando el ave doméstica, cotidiano regalo y alimento general de la humanidad,

gracias al equitativo reparto de la riqueza  
y á la sabia y previsora organización del Es-  
tado.





## DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN SOCIAL.

---

(CARTA FUTURA AL COMPAÑERO ESPAÑEZ.)



San Ildefonso, 3 de Julio.

En este delicioso sitio, mi querido Españez, llegan á mis manos tus cartas, en las cuales, con imparcial franqueza, laudable siempre, y más en los tiempos que corren, me refieres la pavorosa revolución social triun-

fante en Madrid y en el resto de España.

No me sorprende que la fuerza pública, de suyo propensa aquí á dejarse arrastrar por el



vértigo de las masas populares, secundase el movimiento obrero, dando al traste con el orden existente; ni me admira tampoco que vosotros, los socialistas de buena fe, os vierais obligados á librar la batalla á la anarquía violenta y desenfrenada para alcanzar efímera victoria é imponer la anarquía mansa, resultado natural de vuestras doctrinas; pero lo que me maravilla y causa asombro es la facilidad con que la burguesía se ha resignado pusilánime á su suerte.

Era, sin embargo, verosímil que así sucediese, recordando la egoísta indiferencia con que las clases pudientes, atentas sólo á la satisfacción interior y al sórdido interés individual, miraban la cosa pública, apartando la vista con enojo, mezclado de miedo, de los problemas sociales que amenazaban la paz del mundo. Acostumbradas á dejarse gobernar por artificiosas agrupaciones políticas, renunciando, indolentes ó escépticas, á la influencia á que tenían derecho en los destinos del país, adquirieron con el transcurso del tiempo el hábito del retraimiento, y cuando llegó el instante supremo se encontraron sin fuerza, sin valor, sin aquella varonil energía que se cobra sólo en la continua controversia de las luchas de los partidos ó de las ideas. Presentían sin duda la catástrofe social; retumbaba en sus oídos el lejano fragor del trueno; pero alegando muchos hombres la brevedad de la vida, y entregados otros al

eterno optimismo de los caracteres irreflexivos, vivían con la seductora y halagüeña esperanza de que la tempestad no descargaría sobre sus cabezas.

El interés privado se prevenía, empero, contra las contingencias del porvenir. A los primeros síntomas del movimiento obrero, el capital comenzó por alejarse de la propiedad y de las empresas industriales; bajó el valor de aquélla y languidecieron éstas, quedando inactivos millares de trabajadores, que fueron las primeras víctimas del grito de imposición y de protesta lanzado por sus compañeros. Ignoraban tal vez que cuando el trabajo huelga, el capital sufre; pero que cuando el capital huelga, el trabajo perece. El capital, por su propia naturaleza, ha de tener forzosamente más condiciones de resistencia que el trabajo.

Mientras la propiedad urbana venía á menos, y se contaban por centenares de miles las fincas hipotecadas, y se cerraban numerosas fábricas y talleres, y se paralizaba en gran parte la explotación minera, y el agricultor, agobiado de tributos y presa de la usura, dejaba yermos los campos, advertíase el fenómeno, extraño para muchos, de que los valores del Estado obtuviesen cada día mayor precio, cuando era la consecuencia natural y lógica del alejamiento de los capitales de la riqueza imponible, amenazada de hondas perturbaciones, y de la prefe-

rente atención con que los Gobiernos, ante la necesidad de completar con empréstitos las deficiencias de los ingresos ordinarios, velaban sobre todo por la conservación del crédito. A los rentistas, aun los menos perspicaces, no se les ocultaba que llegaría el momento en que los Estados no podrían cumplir en todo ó en parte sus compromisos; pero tenían la ciega confianza de realizar en ocasión oportuna. ¡Nos confortamos al calor de la propia casa que arde, exclamaban tal vez; pero antes de que el edificio se desplome sobre nosotros y perezcamos bajo sus ruinas, nos sobra tiempo para apelar á la fuga!



Entretanto, el movimiento socialista se propagaba con pasmosa rapidez por todo el mundo civilizado, echando hondas raíces en los grandes centros industriales y mineros. Varias causas contribuían á su desarrollo. En el orden moral existían tres, en mi concepto capitales.

Era la primera la ausencia ó relajamiento de los principios religiosos. Entre las grandes crisis que en el orden religioso registra la historia, si se exceptúan casos localizados en París durante la Revolución francesa, se ve siempre la lucha de una religión que quiere imponerse

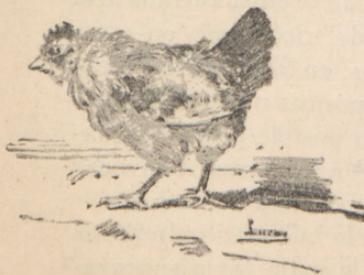
á otra, pero jamás lo que debíamos presenciar á fines del siglo XIX: el continuo batallar, alentado y favorecido muchas veces por los mismos Gobiernos, para anularlas todas. Si antes sucumbía una religión era sustituida por otra que perpetuaba el sentido moral en las conciencias, la esperanza seductora de la futura recompensa en el fondo de las almas, y el temor del castigo en la intención criminal y perversa. La resignación, la santa resignación con que el Cristianismo, la más sublime y humana de todas las religiones y la única verdadera, endulzaba los sufrimientos del desvalido y levantaba del polvo á la indigencia para erigirle altares, infundía en el pobre hasta el sublime sentimiento de piedad hacia sus verdugos, y acallaba las voces de protesta y de rebeldía en las víctimas de las injusticias sociales. El mismo sentimiento contenía el brazo airado de la opresión, y refrenando la codicia daba entrada á la caridad en el corazón del rico; pero en estos tiempos que alcanzamos, en los cuales las ideas materialistas y los propósitos utilitarios invaden al mundo, ¿cómo es posible pedir resignación á los unos, caridad á los otros, é invocar el recuerdo del tremendo mañana á todos?

Era la segunda causa la instrucción limitada (y no quiero hablar de la mala fe) que prevalecía entre los corifeos de las masas obreras, instrucción á medias, acaso más funesta que la

misma ignorancia. Más fácil es, por ejemplo, sacar del error á zafios campesinos, por medio de apólogos y refranes, despertando su natural discernimiento, que enseñar la verdad á gentes de incipiente ilustración y rudimentaria cultura, imbuídas de falsas ideas, sobre todo cuando éstas responden á un fin de interés personal.

Hay además en el fondo de nuestra naturaleza tenaz propensión á creer fácilmente aquello que deseamos. De tal suerte se apodera á veces el error de los hombres, que perseveran en él á despecho de la evidencia.

Seguro estoy, y perdona, querido Espáñez, este paréntesis, que á pesar de haber sido tú testigo de mayor excepción del fracaso experimental de los principios que tan sinceramente defendías, no te has curado aún del achaque socialista. Acaso crees todavía en la posibilidad



de que la gallina, símbolo del bienestar material, se ponga al diario alcance de todas las familias españolas, sin tener en cuenta que para ello sería preciso sacrificar al año 1.460 millones de di-

chas aves: enorme producción, cien veces mayor de lo que da ó puede dar de sí nuestra

Península. A no ser que, reconociéndote vencido por la elocuencia de las cifras, adoptes una fórmula, equitativa tal vez, pero de todo punto impracticable, estableciendo lo que pudiéramos llamar *el turno pacífico de la gallina*. Dudo, sin embargo, que ni tú ni ninguno de los modernos niveladores se atreva á decir á los desheredados de la fortuna que no tienen derecho más que á comer gallina cuatro veces al año, según la inflexible lógica de la estadística.

Era la tercera causa en el orden moral (reanudado mi razonamiento) el odio profundo que se había apoderado de las masas proletarias contra las clases pudientes; odio nacido del cambio de costumbres y de la manera especial de ser de las sociedades modernas.

Antes el pobre estaba en continuo contacto con el rico. En las grandes ciudades vivían en la misma calle y aun en idéntica casa. Entre ellos existían, por lo menos, relaciones de vecindad. El segundo estaba en condición de conocer las apremiantes necesidades momentáneas del primero y de atender á ellas con solícito cuidado. El bello sexo, que tan nobles ejemplos de caridad ofrece siempre, tenía el medio de hacer directamente estas obras benéficas, y al enjugar las lágrimas del desvalido, conquistaba su cariñosa gratitud. Las industrias, más subdivididas y casi todas ellas domésticas, permitían el trato asiduo y hasta

familiar de patronos y obreros, creando entre sí vínculos de amistad y corrientes de armonía.

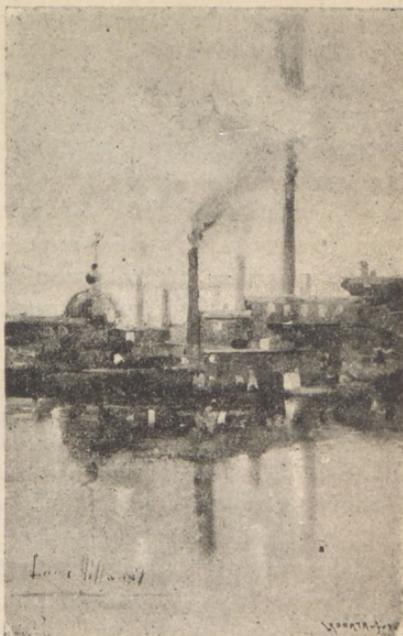


Después, como hemos visto en Madrid y en otras grandes poblaciones de España, el pobre,

el menestral, fueron arrojados de la mísera guardilla, ya porque los Ayuntamientos cometieron la torpeza de no permitir esta clase de viviendas, ya porque los propietarios de las casas céntricas juzgaban rebajar la importancia de sus fincas haciendo cuartos reducidos y baratos. Los trabajadores no tuvieron más remedio que acogerse á los suburbios, donde al mismo tiempo se levantaron barrios económicos. Esta separación material de las clases engendró al cabo tibieza en los afectos, ó tal vez cómodo olvido en unos, y en otros el odio implacable de la envidia, no mitigado por la llaneza y frecuencia de trato de las personas envidiadas. Si continuaban los actos de caridad, carecían éstos comúnmente del carácter personal y directo que tanto los enaltece, y la limosna que procedía de mano desconocida, ó de la beneficencia oficial ó colectiva, no despertaba, como aquélla, en el menesteroso vivo y acendrado reconocimiento.

Las transformaciones de las industrias, su creciente desarrollo, las necesidades creadas con el empleo de complicada maquinaria, y las condiciones especiales de localidad que exigían varias de las primeras, fueron causa de que paulatinamente desaparecieran los pequeños talleres que invadían antes el interior de las poblaciones, para ceder su puesto á las grandes fábricas, donde el mayordomo sustituía al pa-

trono en las relaciones con los obreros, y al último muchas veces una entidad anónima llamada sociedad ó compañía. Este cambio de



cosas produjo, como no podía menos, desvío ó indiferencia en las relaciones entre el trabajador y el patrono, y más tarde un rompimiento absoluto en el orden sentimental, cuando una propaganda insensata vino á concitar las pa-

siones del proletariado y á convertir en blanco de sus iras el capital, representándolo como el mayor enemigo, si no el verdugo, de las clases obreras.



Otras razones en el orden material contribuyeron al rápido desenvolvimiento del socialismo. Había aumentado el precio de la mano de obra, pero reinaba profundo malestar y miseria en los principales centros industriales, porque el encarecimiento de los artículos más necesarios á la vida no correspondía á la elevación de los salarios. Sobre los Gobiernos europeos pesaba la responsabilidad de semejante situación, reservando la más triste y desdichada herencia á las generaciones futuras. La competencia, ó por mejor decir, el pugilato que se suscitó entre las grandes potencias con motivo de los armamentos militares, gravaba de tal suerte la producción por los enormes tributos que sobre ella pesaban, que forzosamente hacían en extremo difícil la subsistencia de las clases menos acomodadas. Un año de paz armada á fines del siglo XIX era más costoso que treinta de guerra en el siglo XVII. El presupuesto de las fuerzas de mar y tierra en pie de

paz de las grandes potencias arrojaba la enorme cifra de 3.825 millones de pesetas (1), sin incluir los créditos extraordinarios de Guerra y Marina. Europa mantenía sobre las armas un contingente de paz que llegaba á 4 millones de hombres de los diferentes institutos del Ejército y de la Armada. Al mismo tiempo aperci-bía el material necesario para poner sobre las armas, en caso de guerra, un ejército de 121 millones de hombres! A medida que se perfeccionaba el arte naval, mayor era el coste de los buques y su entretenimiento (2).

(1) Presupuestos ordinarios de Guerra y Marina en cifras redondas:

	Pesetas.
Francia.....	942.000.000
Inglaterra.....	762.000.000
Rusia.....	762.000.000
Alemania.....	537.000.000
Italia.....	415.000.000
Austria.....	407.000.000
TOTAL.....	<u>3.825.000.000</u>

(2) Un acorazado de 14.000 toneladas, tipo *Italia*, cuesta 22 millones de pesetas; ídem de 9.000, tipo *Pelayo*, 18 millones.

Un crucero de 7.000 toneladas, tipo *Infanta María Teresa*, 15 millones de pesetas. A principios del siglo XIX un navío de tres puentes se construía por dos millones y medio de pesetas.

El *Pelayo* consume, en un solo día de viaje, carbón por valor de 5.000 pesetas.

Las obras de defensa marítima exigían á la vez sacrificios considerables desde que se apeló al blindaje y á las grandes piezas de artillería, algunas de las cuales pesaban 120 toneladas (1). Se consumían repetidos créditos para el aumento de los medios ofensivos y defensivos. Las reformas del armamento se sucedían con vertiginosa rapidez, y se desechaban por inútiles modelos que el día anterior se creían perfectos. Las municiones, almacenadas en grande escala en los parques, se destruían con la acción del tiempo, y hacían peligroso su uso, hasta el punto de verse obligados los Gobiernos, con plausible propósito, á enajenarlas á bajo precio. Una partida de cartuchos metálicos procedentes de España, inservibles por la indicada causa, produjo la catástrofe de Amberes de 1889. Cada adelanto de la pirotecnia constituía un nuevo gravamen para la fortuna pública, como lo prueba la pólvora sin humo (y digo pólvora porque ha conservado este nombre, á pesar de que no entra en su composición ninguna de las sustancias que formaban antes dicha materia explosiva), invención que exigió á su vez modificar el sistema de los cañones, dando á la caña de los mismos mayor fuerza de resistencia.

---

(1) Cada disparo de estos cañones, con el proyectil correspondiente, cuesta 3.000 pesetas.

Tan considerables y continuos gastos acrecentaban de día en día las deudas de las potencias, y en particular las llamadas de primer orden. En 1890 pagaba anualmente Alemania, en concepto de intereses, 7,50 francos por habitante; Rusia, 10; Austria, 13,75; España, 15; Inglaterra, 16,25; Italia, 17,50, y por fin, Francia, ¡33,75!

¡Todo era prodigalidad, despilfarro, locura! No parecía sino que el temor de la guerra inspiraba más zozobra que la guerra misma. No parecía sino que el mayor azote de un pueblo era la excesiva previsión de su Gobierno. La crisis económica que destruía á Europa, arrastraba en pos de sí á la social con sus terribles y pavorosas consecuencias. En vano los Gobiernos para contenerla desplegaban el aparato de su fuerza incontrastable, olvidando tal vez que nada debilitaba tanto la acción del Estado como la plétora de fuerza.

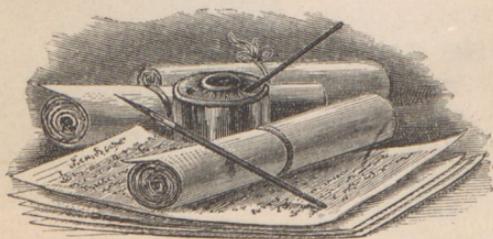


¿Á que extrañar, empero, la insensatez de los Gobiernos, si era la consecuencia lógica del vértigo del absurdo que se había apoderado de las sociedades? ¿Á qué invocar la razón, la cordura y la templanza, si en aquella lucha de

intereses opuestos reinaban sobre la tierra concupiscencias desenfrenadas, apetitos no satisfechos, brutales egoísmos de clase, hipócrita patriotismo que no argüía más que ideas de codicia ó deseo de conservar el fruto de la rapiña; soberbia satánica en unos, odio, envidia y rebeldía en otros; y, en fin, la moral acomodaticia arriba y el anhelo del bien ajeno abajo?

Sin el sentimiento religioso la ambición hidrópica, la avaricia ó el ansia de goces materiales devoraban al rico, mientras que el pobre imaginaba una justicia terrenal niveladora, y, delirante de ira, aguardaba el codiciado momento de la igualdad.

No sabía, sin duda, que hasta en el orden físico es ella de todo punto imposible; la Naturaleza le tiene horror. ¡Cuántas y cuán diversas cosas semejantes entre sí nos presenta á cada instante, y, sin embargo, no hay dos iguales!





## LA HUELGA DE LAS MUJERES Y LA ANARQUÍA.

(CARTAS DEL COMPAÑERO ESPAÑEZ.)



Cárcel Modelo, 29 de Julio.

Aquí me tienes, estimado amigo, oprimido el cuerpo por las cuatro blancas paredes de mi celda y abrumado el ánimo bajo el rigor de mis desdichas, que, según son ellas, hasta he perdido la esperanza del remedio.

La última de las cartas que te dirigí, interceptada por los secuaces del compañero Ca-



lleja, llegó á conocimiento de éste, quien sin formación de causa ni de expediente, ni siquiera orden escrita, pues en los tiempos que corren no se paran mientes en semejantes formalidades, me mandó prender y encerrar en esta cárcel, donde me tratan con el refinado ensañamiento que engendran los odios de familia, mil veces más enconados que los que se profesan entre sí personas extrañas.

¡Dichoso tú, que tomando las cosas como son, y no como deberían ser, cauto, prudente y previsor, burgués al fin, á los primeros síntomas del movimiento socialista pusiste tierra por medio, y acogiéndote á tu Granja, donde no llega la acción del Gobierno de Madrid, la cual apenas traspasa los límites de la Moncloa, gozas del embalsamado ambiente de los tilos en flor y de las frescas brisas del eminente Peñalara, y sobre todo, de la libertad, inapreciable don, excelso bien, inefable ventura, que sólo estima, comprende y aquilata el hombre cuando llora su pérdida!

Referíate en mi anterior epístola la subida al Poder del compañero Calleja, el ex cabo del Resguardo de Consumos, quien (impresionado con la lectura de Cabet, aquel imitador de la *Utopía* de Moro) pretendía resucitar el comunismo *icario*, pero adulterando las doctrinas y fundiéndolas en los estrechos moldes de sus fines particulares.

Un su amigo y secretario, el compañero Lepe, que le había iniciado en los rudimentos de las escuelas socialistas, envidioso de su for-



tuna política y acaso de su felicidad doméstica, le sugirió la idea de emprender grandes y trascendentales reformas que transformasen por completo la faz del mundo.

—Ya que hemos acabado con el despotismo

del capital que esclavizaba las clases trabajadoras—decía Lepe—¿por qué no hemos de poner término á la tiranía de los llamados vínculos conyugales? ¿En qué se fundan? En un acto de voluntad de dos personas de diferente sexo. Si es así, ¿por qué no han de romperse cuando falta la voluntad de cualquiera de los cónyuges?

Objetaba Calleja que, siendo la unión resultado de un contrato bilateral, no podía admitirse el divorcio sin el consentimiento recíproco.

Á esto replicaba Lepe:

—¿Con qué derecho nosotros, que hemos sacudido el yugo de la propiedad en todas sus manifestaciones, vamos á condenar á perpetua servidumbre al hombre ó á la mujer que quieren recobrar su independencia?

—¿Y los hijos?—exclamaba Calleja.

—¡Ah! ¡Los hijos!—interrumpía Lepe.—Hay que ser lógicos. Si el Estado es el resumen y compendio de la actividad física é intelectual de los ciudadanos; si concedemos á este organismo el derecho de disponer de todo para repartirlo luego á prorrata, ó según las necesidades de cada uno, ó según sus merecimientos, sistema este último que desecho porque arguye un privilegio, en todo caso no cabe más paternidad que la del Estado. Así, pues, para obtener el grado de perfección á que debe aspirar el hombre, es preciso que se retrotraiga

al estado que tenía en ciertas sociedades primitivas, cuyos individuos llamábanse hijos de la tribu, y donde ni siquiera existían las palabras *padre* ni *madre*.

Tal vez estas razones no convencieron al dictador; pero como no sintió jamás las delicias de la paternidad, y tenía fe ciega en la constancia de su mujer, instigado por los interesados consejos del secretario, sin someter previamente el asunto á la Junta, publicó en la *Gaceta de Madrid* el siguiente decreto-ley:

«Artículo 1.º Se declara el amor libre.

»Art. 2.º Quedan abolidos para siempre los vínculos llamados de familia.

»Art. 3.º El Estado adopta á todos los menores de edad.

»Dado en el Gran Taller de las Leyes el 28 de Julio del primer año de la Revolución social del Estado Suroeste peninsular de Europa.—El Presidente del Gobierno provisional, CALLEJA.»

La publicación de este decreto, que, como ves, tiene la fecha de ayer, cayó como una bomba en Madrid. Muchos hombres, ¿á qué negarlo? lo recibieron con marcadas muestras de júbilo; pero las mujeres, en su inmensa mayoría, poseídas de indignación, se lanzaron á la calle dando voces de: «¡Venganza! ¡Venganza! ¡Compañeras, en huelga!»

La mujer del dictador fué una excepción de

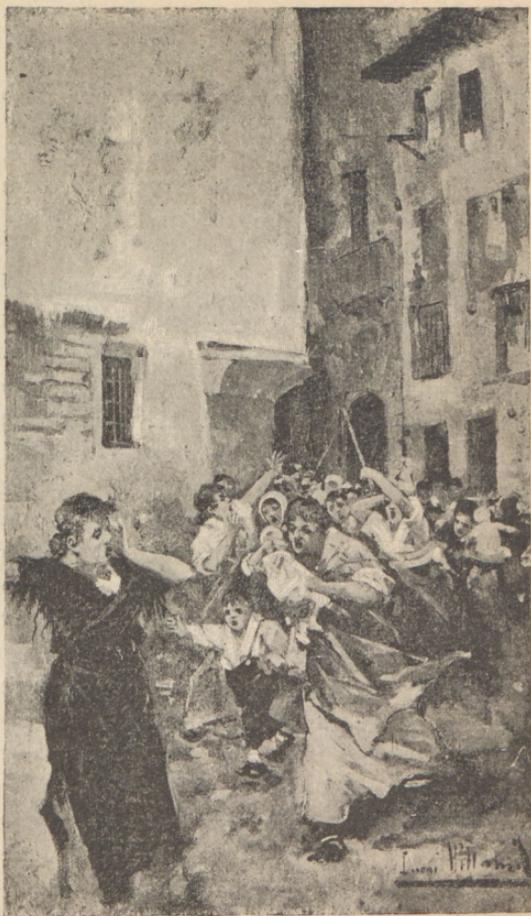


la regla, porque á despecho del miedo que le inspiraba su marido, huyó de la casa conyugal, no sin declarar, á falta de magistrados, ante el portero del Gran Taller de las Leyes, que por un acto espontáneo de su voluntad, y en virtud del decreto-ley inserto en la *Gaceta*, se divorciaba de Calleja, para dar su corazón y su mano, por el tiempo que tuviere á bien, al compañero Lepe.

Alteróse el Presidente del Gobierno hallándose descasado por culpa suya y tan contra su voluntad, y hubo de perder el juicio viendo que no conseguía dar con el paradero de su ex esposa ni con el del pérfido secretario.

Entretanto, el mujeril tumulto se propagaba con rapidez pasmosa. Millares y millares de matronas, apretando al pecho sus pequeñuelos hijos, ó conduciendo de la mano á los que podían valerse de sus pies, recorrían la vía pública en confuso tropel, ya lanzando desgarradores lamentos que partían los corazones, ya vituperando con iracundos alaridos el infame proceder de los hombres, ya concitando los odios populares contra los autores del decreto, ya proclamando, en fin, la guerra sin cuartel á aquellos desalmados que como hacían las leyes las arreglaban á su gusto.

—¡Al cerrillo de San Blas!—gritó una compañera.



Y la agitada muchedumbre contestó:

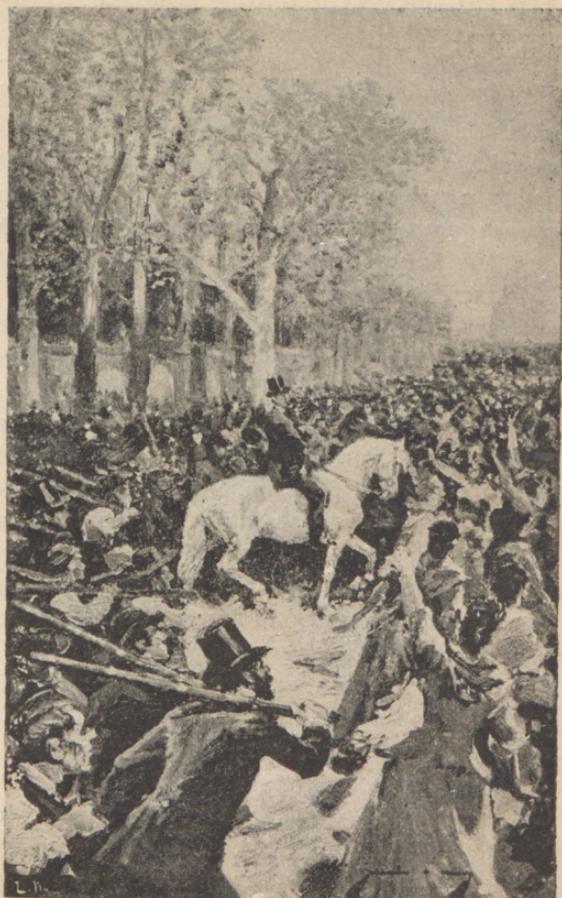
—¡Al cerrillo de San Blas!

En aquella alturita, que pasará á la posteridad como los montes Sacro y Aventino de Roma, se reunieron las mujeres del pueblo para sellar el pacto de la huelga perpetua hasta conseguir, no sólo la derogación de la ley que abolía el yugo del matrimonio, sino también la destitución y ejemplar castigo del Presidente del Poder ejecutivo.

Acudió éste al edificio construído para Museo y Biblioteca en Recoletos, destinado ahora á cuartel de la *Falange de la redención obrera*, y al frente de sus voluntarios, puesto sobre su caballo blanco, con ánimo resuelto y corazón valiente, emprendió la marcha camino de Atocha, paseo que los concejales madrileños, siguiendo sus gloriosos y tradicionales entretenimientos anabaptistas, han modernizado con el nombre de *Avenida de las Reivindicaciones de las clases proletarias*.

Apenas las avanzadas dieron vista al ya famoso cerrillo, se levantó tal estruendo en el campo rebelde, que parecía conmoverse la tierra desde sus cimientos.

Coronaban el cerro, unidas por un mismo sentimiento, la que se cría en los eminentes barrios que no en vano llaman de Maravillas; la que vió en Lavapiés la primera luz del sol y arrebató sus rayos; la que se solaza en los



pensiles de las orientales Ventas; la que se mira en la opaca corriente del río y le presta diario tributo con el copioso sudor de su frente; la que refresca la canora garganta en la cris-



talina linfa de la Teja; la que arrobada contempló acaso angélicas visiones en el cielo de las Vistillas, y la que pasea el gracioso talle por la *Puerta de Burgueses* (vulgo *Puerta de Moros*).

Admirábanse allí la gentil doncella que desliza los acompasados pies por el terso pavimento del Liceo; la musa popular que tiene su Parnaso en la calle de la Paloma; la manola en blanca mantilla ó airoso pañuelo envuelta, eterno regocijo de la fiesta nacional; la pregonera incansable de la palabra escrita ó mensajera de la cabalística fortuna; la siempre valerosa y jamás vencida artífice del Estado, que así arma una zambra como lía el tenue papel de escuálido cigarro; la constante rival de la aurora, que con ella madruga para atender al propio y ajeno sustento, y regalarnos con el prodigio de sus manos; cuantas compañeras, en fin, encierra la capital de España, desde el cegado Canal, impercedero refugio de las expirantes alegrías saturnales, á las ignoradas fuentes del escondido Maudes; desde el arenoso Manzanares á la desolada estepa que baña con sus aguas vergonzantes el tortuoso y encauzado Abroñigal.

Las hembras de varonil empuje, desgredado el cabello, en arco los brazos, centelleando ira los saltones ojos, agitado el seno, roncadas las voces, de gritar cansadas, desatábanse en improperios contra los cobardes que amenazaban á inermes ciudadanas; las madres tímidas, cubriendo con sus brazos los tiernos frutos de sus entrañas, querían defenderlos del cercano peligro que acrecentaban el acendrado amor y la



perturbada fantasía, y las ancianas, que en el opuesto bando veían á sus hijos aprestando las parricidas armas, avanzaban resueltamente hacia ellos como para ofrecer en holocausto sus propias vidas ó para atajar la común desgracia.

Este espectáculo, capaz por sí solo de ablandar las peñas, no fué para mover á compasión el empedernido pecho del cruel Calleja, quien con brusco ademán dió la voz de fuego; pero los fusiles, que en días de revueltas populares se disparan solos, se negaron á obedecer, porque en aquella épica lucha entre la subordinación militar y los más puros afectos del alma, prevalecieron los nobles y generosos impulsos de la sangre.

Reiteró la orden el dictador, y tampoco fué obedecido. Entonces, juzgando inevitable su pérdida, apeló al recurso supremo de todos los



opresores, desde que, para oprobio de la humanidad, se toleran tiranos en el mundo: á la

más vergonzosa y cobarde de las fugas, la cual, por ser á uña de caballo, no permitió siquiera que nuestro héroe repitiese la frase inmortal que el gran dramaturgo inglés puso en boca del vencido Ricardo III.

Libre la falange de su bárbaro caudillo, arrojó los fusiles, y levantando en alto los cariñosos brazos, á ellos se arrojaron las esposas, las madres y los hijos, sellándose de nuevo el pacto indisoluble del amor, á despecho de cuantos Lepas y Callejas pretendan emancipar la sociedad de las leyes de la humana naturaleza.



Madrid, 30 de Julio.

Desde la obscuridad de los tiempos hasta nuestros días, jamás presencié Madrid más espontáneo y general entusiasmo que el producido por la caída del feroz Calleja.

Respira al fin el pueblo, y su primer acto de justicia es poner en libertad á los presos y entregar á las llamas la residencia del malvado. El famoso *Gran Taller de las Leyes*, antes Palacio de Buenavista ó Ministerio de la Guerra, arde por sus cuatro costados.

A pesar del calor sofocante de un día canicular y del tormento que me causan los pies, al cabo de prolongada reclusión, me lanzo á las calles y las paseo con la satisfacción del que recobra la libertad y se siente dueño absoluto de sus acciones.

En la Puerta del Sol, que ahora se llama *Puerta de la Humanidad*, veo venir un burujón de gente: entre ella reconozco á muchos anarquistas que, desde el triunfo de la revolución social, estaban presos ó andaban escondidos ó dispersos. Me incorporo á la turba, y entrando tumultuosamente en el Ministerio de la Gobernación, llegamos sin dificultad á la gran sala de los retratos y de los pretendientes,

de los cuales quedan sólo los últimos; y el compañero Negro, alias *Caos*, puesto de pie sobre una mesa, suelta la voz á semejantes razones:

—Individuos del género humano, ¿qué queréis? ¿Qué deseáis? ¿A qué aspiráis? A la libertad más absoluta, ¿no es cierto? Pues ésta no es posible mientras subsista la tiranía de los organismos colectivos, llamados nación, Estado, municipio ó tribu. Cualquiera que sea la forma con que se rijan y el origen de sus funciones, arguyen siempre un principio de autoridad incompatible con la libertad individual. Suprimamos, pues, el municipio, la provincia, el Estado, la vida social en fin, y hasta ciertos nombres derivados de accidentes geográficos. En lugar de madrileños, castellanos, españoles, peninsulares ó europeos, llamémonos simplemente individuos, y no digo compañeros, porque esta palabra implica cierto espíritu de asociación contrario á nuestros principios fundamentales. (*Aplausos estrepitosos.*)

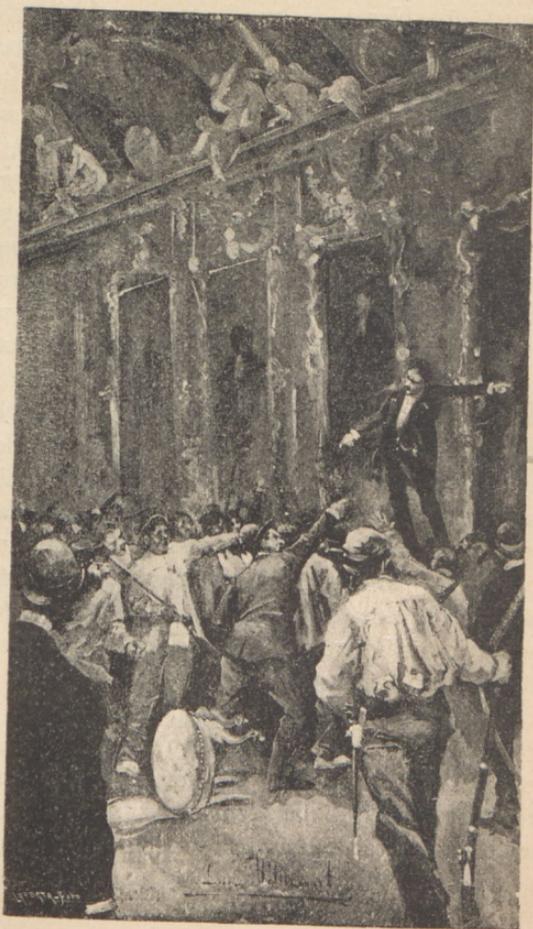
¿Estáis conformes con lo expuesto?

—Aprobado—contesta la multitud.

(Yo siento impulsos de votar en contra; pero advierto que las armas de fuego tienen fuerte y respetable mayoría y decido optar por el retraimiento.)

—¡Por aclamación!—dice uno.

—Constará—añade Negro.—Voy á remi-



tir el decreto á la *Gaceta*, y la Junta revolucionaria anarquista, consecuente con las ideas que profesamos, se declara disuelta.

—¡Viva la anarquía!—gritan todos; y se levanta la sesión en medio del mayor desorden.

Una hora después se pregona en las calles el siguiente:

#### «SUPLEMENTO EXTRAORDINARIO

AL ÚLTIMO NÚMERO DE LA «GACETA DE MADRID».

#### »DECRETO-LEY.

»ARTÍCULO 1.º Se declara al individuo emancipado de la tiranía de las colectividades.

»ART. 2.º Quedan abolidos para siempre todos los organismos que constituyen la vida social.

»ART. 3.º Se derogan todas las leyes, decretos, órdenes, reglamentos y disposiciones existentes.

»ART. 4.º Nadie está encargado de la ejecución de este decreto-ley.

»Dado en la Tierra, el primer día de la Emancipación individual.—El Presidente di-

misionario del último Gobierno del ex Estado  
Suroeste peninsular de Europa.—NEGRO.»



¡Y todo vuelve á su primer estado!





## EN PLENA ANARQUÍA.

---

(CARTA DEL COMPAÑERO ESPAÑEZ.)

Madrid, 31 de Julio.

Amanece, y todavía no he logrado pegar los ojos. Continúa el fuego.

Los anarquistas, ebrios de gozo, después de la publicación del suplemento de la *Gaceta de Madrid*, entraron ayer á saco las tiendas de vinos, y recorriendo las calles, solemnizan á tiros el triunfo de la emancipación individual.

No tengo derecho al descanso. Desde que el individuo se ha emancipado de la tiranía de las colectividades, ni dormir puedo. Me levanto

y salgo á la calle para atender á las necesidades más apremiantes de la vida, pero apenas traspaso el dintel de la puerta, oigo silbar una bala y la detonación de un arma de fuego. Por lo visto, el derecho á la existencia está supeditado al júbilo individual, que se entretiene en hacer salvas con algo más que pólvora. Carezco en absoluto de provisiones, y es fuerza salir; pero ¿qué haré solo é inerme en medio de tantos individuos emancipados? Retrocedo y llamo á la puerta de un vecino mío, el compañero Mengánez, anarquista platónico á lo Proudhon, que no está conforme con la moderna escuela de Bakunine.

—¿Qué quieres?—me pregunta

—Que me prestes un fusil.

—¿Para qué?

—Para ir á la compra.

—Entra y escoge uno. Ayer adquirí varios á veinte céntimos.

—¡Veinte céntimos!

—Menos le costaron al que me los cedió. Fué por ellos al Parque, donde estaban detentados, según decía el vendedor, añadiendo que el pueblo hizo un acto de justicia repartiéndose lo suyo.

Con la venia de mi vecino, penetro en una sala, verdadero arsenal de toda clase de pertrechos, pieza tan necesaria en estos tiempos como la cocina; tomo un sable, lo ciño á mi

cintura, y luego una canana con sus correspondientes cartuchos metálicos; elijo un magnífico *Remington*, lo cargo, y hechas estas preven- ciones, me siento en la plenitud de mis dere- chos individuales.



Salgo á la calle, y á los primeros pasos se me interpone un hombre.

—Por aquí no pasas—me dice, dando traspiés y tambaleándose todo, en ese estado de laxitud y brutalidad que precede al sueño del alcoholismo.

—Somos dos—le contesto, enseñándole el fusil.

—¡Pues pasen ustedes, caballeros!—exclama mi vacilante interlocutor haciéndome una ridícula reverencia.

Y sigo mi camino, diciendo para mí *Re- mington*:

—¡Oh fuerza, sublime fuerza, que hasta haces entrar en razón á los que la tienen per- turbada!



Llamo á la puerta de una tahona. Abren un



ventanillo y veo asomar un trabuco, y detrás al tahonero.

—¿Qué quieres?—pregunta éste.

—¿Hay pan?

—Y plomo.

—Dame dos libretas de lo primero. Ahí va una peseta.

Depone su actitud marcial el tahonero, y entregándome las libretas y la vuelta, me dice:

—Individuo, tienes derecho á comer pan.



En la carnicería se reproduce una escena análoga; pero advierto que habiendo pedido medio kilo de carne, me roban en el peso.

—¡Calla, reaccionario!—me dice el dueño.—Hasta ayer el Estado se empeñó en fijar en 500 gramos el medio kilo; pero ahora el Estado soy yo, y en uso de mi autonomía, he resuelto que medio kilo sean 300 gramos.



De vuelta á casa, tropiezo con un mi amigo.  
—¡Hola, Gómez!—exclamo al verle.  
—Ya no me llamo así. Mi apellido tenía el



origen de un nombre patronímico (hijo de Gundersindo), y yo no quiero descender de ningún individuo.

—¿Pues cómo te llamas ahora?

—Desde ayer me llamo *Dinamitez*.



Á un anarquista conocido mío le pregunto:  
—¿Qué hora es?

—Para mí son las siete de la mañana—me contesta.

—¿Y para los demás?

—Yo no me inmiscuyo en meridianos ajenos.



Á otro, que ha colgado del balcón de su casa una prenda menor atada á un palo, le interrogo sobre la significación de aquel original atributo, y me contesta:

—Es la bandera del Estado soberano libre é independiente de mi individualidad.



Me acerco á una vendedora de periódicos, y mediante cinco céntimos, me da uno recién impreso. Lo cojo y leo:

### EL EXTERMINIO.

DIARIO ANARQUISTA.

*No ha de quedar nada.—Nada es de nadie, y todos son ladrones.*

AÑO PRIMERO DEL MUNDO.

DÍA SEGUNDO DE LA EMANCIPACIÓN INDIVIDUAL.

(Precio: *Un burgués chico.*)

El artículo editorial lleva el epígrafe de «Destrucción y muerte», y se compone de un mosaico de frases de Bakunine, el verdadero padre del anarquismo revolucionario moderno.

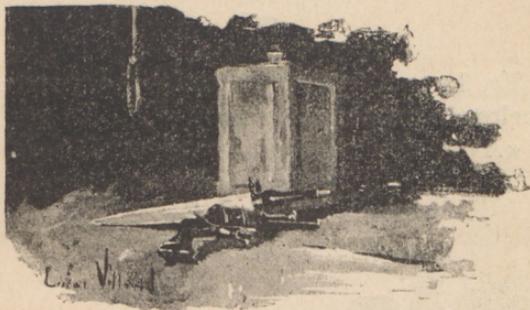
He aquí una muestra:

«Queremos la revolución universal, social, filosófica, económica y política, á fin de que desaparezca todo y no quede piedra sobre piedra, en Europa primero, y en el resto del mundo después.

»¡Muerte á los dominadores, explotadores y tutores de todas clases!

»Queremos destruir todos los Estados y todas las iglesias con todas sus instituciones y sus leyes, religiosas, políticas, jurídicas, rentísticas, universitarias, económicas y sociales, para que puedan respirar libremente tantos millares de seres humanos vilmente engañados y explotados.

»No admitimos más actividad que la de la destrucción. Las formas pueden ser varias: veneno, puñal, revólver, nudo corredizo. La revolución lo sanciona todo.



»El bandido es el verdadero héroe, el vengador popular, el enemigo irreconciliable del Estado, el genuino revolucionario en acción, sin frases ni retórica tomada de los libros.

»La ciencia sólo es útil cuando enseña los procedimientos de la destrucción.

»¡Oh santo y saludable instinto de los animales feroces!

»No pretendáis, no, de nosotros un programa. No lo tenemos, ni lo queremos; es más, consideramos reaccionario y criminal á cualquier anarquista que se atreva á exponerlo, porque todos los razonamientos acerca del porvenir impiden la destrucción completa y la marcha majestuosa de la revolución.»

Á este artículo sigue otro, titulado «Crónica científica», en el cual se dan noticias acerca de las diferentes sustancias explosivas y sobre la manera de emplearlas para obtener mejores resultados (1).



En la sección de «Miscelánea» aparecen sueltos como los siguientes:

«Ayer, después de la proclamación de la



(1) Con el título de *La Revolución Social*, se imprimía en París, en 1880, un semanario anarquista que, bajo el epígrafe de «Estudios científicos», daba á conocer cínicamente todos los modernos medios de destrucción.

anarquía, fueron incendiadas tres casas de la *Puerta de la Humanidad*, antes *del Sol*.

»Afortunadamente perecieron abrasados los burgueses que todavía las ocupaban.»



«Hoy ha comenzado la demolición de la que fué catedral ó iglesia de San Isidro.

»Con los aprovechamientos del derribo pueden sacar los obreros un buen jornal.

»¡Y luego se dirá que la anarquía no proporciona trabajo!»



«Recomendamos muy especialmente á nuestros lectores el empleo del ARSÉNICO si les conviene despachar á cencerros tapados á algún burgués.

»En esta Redacción se facilita gratis á todo el que se suscriba por medio año á *El Exterminio*.



»Procede de la droguería de la calle de Postas, de la cual se incautó ayer el pueblo.

«Numerosos atestados prueban sus salvadoras virtudes.»



«Esta noche ensayaremos una nueva sustancia explosiva en el foso del ex Teatro Español.»



«La entrada al teatro es gratuita; pero no se responde de la salida.»



«El colmo de la bondad anarquista es regalar mártires á cualquier religión.»



«Como la gratuidad del crédito es la base del sistema de Proudhon, llamamos la atención de las víctimas de la usura sobre la conveniencia del puñal, el revólver y la palanqueta, para la reivindicación de sus derechos. Alguna vez las leyes han de tener efecto retroactivo.»

«En esta Redacción se facilitan ganzúas es-

peciales, para el caso de que sea necesario reclamar la restitución por sorpresa.»



«¡Ojo! Sé nos dice que queda un convento de monjas.»



«Si queréis liquidar al burgués, tened presente la máxima de que los muertos no pueden defenderse.»

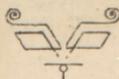


«Á última hora recibimos el siguiente *telefonema*:

»Incendios en el distrito del Congreso.—Casas quemadas, 19.—Burgueses muertos, 189.—Desgracias personales, ninguna »



»No paguéis al casero, dijeron nuestros padres. No paguéis á nadie, os decimos nosotros, porque quien vende algo lo ha robado. Lo ajeno es vuestro.»



Al leer este último suelto, retrocedo, busco á la vendedora del periódico, y con él en la mano, la exijo que me devuelva mis cinco céntimos.

—¡Á mí con esas!— exclama.— ¡Vaya una embajada! ¡Si será chusco ese *señor de individuo!* ¡Como si yo no hubiese pagado á tres reales el veinticinco!

—¿Pero no ves lo que dice aquí el periódico?

—¿Y qué? ¿Por qué no lee usted lo que dice á la cabeza? Vea usted: precio, un *burgués chico*, ó cinco céntimos. La cabeza es lo que vale; lo demás son andróminas.

El buen sentido habla por boca de la expendedora de la mercancía, y sin insistir más, doblo el periódico, lo guardo y prosigo el camino de casa, exclamando para mí:

—¡Vaya un papel!..... ¿Pero qué tiene de



particular? ¿Acaso durante mi estancia en París, en plena dominación burguesa, con gobiernos de orden, no oí mayores atrocidades en las reuniones anarquistas? ¿No se imprimían entonces semanarios que se expresaban en análogos términos que *El Exterminio*? Verdad es que por la primera vez en la historia, como decía un escritor transpirenaico, se apelaba á la apología del crimen como medio de renovación social; pero el público concluyó por mirar con indiferencia á estas desdichadas víctimas de la hidrofobia intelectual, sin tener en cuenta que existían millares y millares de seres humanos sumidos en la más crasa ignorancia, y por lo tanto propensos al contagio.



De regreso á casa, llamo al cuarto de mi amigo Mengánez para devolverle sus armas, y entablamos los dos el siguiente coloquio:

—¡Salud y Estado, compañero Mengánez!

—¡Salud é individualismo, compañero Espáñez! ¿Cómo anda eso?

—Mira, toma y lee este periódico que acaba de publicarse.

Mi amigo pasea la vista por el diario; parece



indignarse primero, se ríe después, da muestras de impaciencia, arroja el papel al suelo, y encogiéndose de hombros, exclama:

—Nada de eso me sorprende. ¡La historia eterna de todas

las revoluciones! Más fácil es hacerlas que consolidarlas. Los apóstoles se encargan

de adulterar la doctrina del maestro, y los hijos de los apóstoles la de sus padres. Tú ya lo sabes, compañero Espáñez, yo he sido toda mi vida proudhoniano. El ideal político y social de aquel preclaro hijo de Francia, de aquel hombre insigne que la muerte nos arrebató en 1865, era lo que él llamaba la *anarquía*. Con

esta palabra entendía un estado social perfecto, sin necesidad de autoridad política. En su concepto, el progreso incesante de la humanidad consiste en marchar de la jerarquía á la anarquía; consideraba á ésta como la condición propia de las sociedades que han llegado á su mayor edad, y á aquélla como inherente á las sociedades primitivas.

—¿Y cómo iba á producirse el orden en esas sociedades adultas, según Proudhon?

—Con las libres relaciones económicas de los individuos, merced á la negación del capital, ó por mejor decir, de los derechos del capital. La base de su sistema se funda en la gratuidad del crédito.

—Pues bien; ya ha triunfado la anarquía; á ver cómo estableces ahora esas relaciones económicas entre los individuos.

—Los anarquistas que han triunfado no somos nosotros, que conservamos inmaculada en el orden intelectual y teórico la doctrina del fundador; doctrina que, si algún día logra penetrar en la inteligencia de los mortales, hará renacer sobre la faz de la tierra la edad de oro.....

—¡Sin oro!.....

—Con una cosa mejor; con la organización de la garantía de la circulación y la mutualidad del crédito.

—Explícale al pueblo todo esto, y si consi-

gues hacerte entender, que lo dudo, procura llevar la teoría al terreno de la práctica.

—¡Yo qué he de llevar, si nadie se acuerda ya del anarquismo científico de Proudhon, y no se sueña más que en esa escuela de origen ruso, fundada por Bakunine (1), que prescinde de toda moral pública y privada, y que lo niega todo: escuela, ó por mejor decir, secta que aspira sólo al llamado *amorfismo* y á la *pandestrucción*, sin que remotamente ofrezca materiales de ninguna clase para reconstituir la sociedad sobre sus ruinas!

—¿Y cómo te explicas los progresos que ha hecho esa secta, no sólo en Europa, sino también en América?

—Tuvo, como he dicho antes, su origen en Rusia. Fué el grito de desesperación y de protesta lanzado por jóvenes que, poseídos de ardiente amor á la libertad, luchaban en vano para romper las bárbaras cadenas con que les oprimía un gobierno despótico y una administración arbitraria y corrompida. Semejante estado de cosas engendró ese pesimismo místico llamado nihilismo, en contraposición al optimismo progresivo de Proudhon, que había nacido en un país libre. Al medio ambiente en que vivió este ilustre publicista, á pesar de las

---

(1) Emigrado ruso que falleció en 1876 dejando organizado el partido anárquico revolucionario universal.

persecuciones de que fué objeto, débese que sus fórmulas revistan un carácter científico, y que no patrocine como indispensables los procedimientos de la violencia. Prefiere la evolución á la revolución para alcanzar el perfeccionamiento de la sociedad. En cambio, el anarquismo moderno, ciego adorador de la negación, no tiene más objetivo que la destrucción completa de todas las sociedades por medio de la revolución universal.

—Veo que no contestas á mi pregunta. ¿Cómo te explicas que esa escuela anarquista, producto de las circunstancias especiales en que se encuentra el Imperio moscovita, se haya propagado á otros países que gozan de amplia libertad?

—Porque las masas no comprenden las elevadas concepciones de Proudhon, y en cambio ven halagados sus instintos, ardientemente revolucionarios, con la propaganda exterminadora de Bakunine y de sus discípulos. El primero se dirigía á la razón; los segundos no se propusieron más que explotar las pasiones, y por lo tanto habían de encontrar eco en las muchedumbres.

—Pero los medios por ellos preconizados son contrarios á la moral universal; y como yo creo que la inmensa mayoría de los hombres se inclina naturalmente al bien, no me explico cómo la apología del robo, del asesinato y del

incendio, hecha en circunstancias normales, cuando ni siquiera la atenuaba el furor de la lucha material, obtuvo tan numerosos admiradores en casi todos los países de Europa y América, hasta el punto de crearse un gran partido anarquista enfrente del socialista.

—A esto debo contestarte, compañero Espáñez, que, á mi juicio, el hombre es bueno por naturaleza, y sin embargo, pocos habrá que no hayan sentido alguna vez en el fondo de su alma cierto instinto de perversidad. Lo creo también naturalmente cuerdo, y no obstante, acaso las inteligencias más privilegiadas no están exentas de síntomas de pasajera locura, por más que ésta no se traduzca en hechos externos. Pues bien; lo que acontece al individuo puede aplicarse á las colectividades: se sienten impulsadas al bien, propenden á obrar según dicta el recto juicio; pero padecen á veces perturbaciones y extravíos, que constituyen en la historia de los pueblos lo que podríamos llamar *períodos morbosos de la humanidad*.

—¿Luego el *anarquismo*, según tú, más que partido, es un *caso patológico social*?

—En efecto. Además hay que tener en cuenta que esos modernos apóstoles del exterminio están sacando partido de una tendencia que, no por irreflexiva, inconsciente y brutal, deja de ser muy propia de la humana naturaleza: la propensión al vértigo de la destruc-



ción. En el niño se revela claramente cuando hace añicos aquellos juguetes que acaso más le seducen y entretienen, y en el hombre cuando siente impulsos de romper un objeto, sobre todo si es frágil y precioso. ¿No has visto el ardor con que el albañil derriba un edificio? Y en cambio, ¡con qué indolente y penoso trabajo lo construye!.....

—¿Y cuál crees tú que va á ser el resultado final del presente estado de cosas?

—Que el exceso del mal traerá consigo la reacción.

—Y con ella la restauración burguesa.

—Mucho me lo temo.

—Entonces, ¿de qué nos habrá servido la revolución social?

—Para volver á como estábamos.

—¡Si no á peor!

—Ciertamente; porque si la antigua sociedad recobra la salud, velará más por ella, y nosotros los proletarios, que luchábamos en la creencia de que no podíamos perder nada, nos encontraremos sin las verdaderas fuerzas que nos quedaban: el entusiasmo que engendran los principios no sometidos al terreno experimental; las simpatías que toda causa justa y generosa despierta en los nobles corazones, y sobre todo la libertad de la defensa legal que nos permitía la propaganda pacífica de las ideas. Si antes de la revolución social podía-

mos esperar un movimiento evolutivo que mejorase nuestra suerte, después de aquélla, con todo su cortejo de violencias y tropelías anarquistas, es imposible.







## LA RESTAURACIÓN BURGUESA.

(ÚLTIMAS CARTAS DEL COMPAÑERO  
ESPÁÑEZ.)

Madrid, 3 de Agosto.

El triunfo de la anarquía, de que te daba cuenta en mi última carta, fué el epílogo de la Revolución social que estalló en los primeros días de Mayo de este año.

Los anarquistas, consecuentes con el sentido doctrinal que constituía la base de sus teorías, decretaron el acefalismo, ó sea la supresión de todo gobierno. Como era lógico y natural que aconteciese, abolido el principio de asociación y de autoridad para fines lícitos, á él apelaron los malhechores, con objeto de llevar á cabo sus criminales empresas, poniendo de manifiesto que hasta los facinerosos reconocen necesaria la comunidad y la disciplina. El robo, el saqueo, el asesinato, el incendio y otros de-

litos más atroces fueron la primera etapa de semejante orden de cosas. Sobrecogiéronse los ánimos y llenáronse de estupor á la aparición de un hecho quizás previsto, pero no tan de pronto esperado. Repuestos, sin embargo, aquéllos, las gentes honradas se aprestaron á la común defensa, y de los conciertos que con este motivo se celebraron surgió la reconstitución de la sociedad y del gobierno.

No de otra suerte, aunque con la lentitud propia de gentes sumidas en la barbarie, se fueron formando las primeras sociedades humanas. Tuvieron su origen en la necesidad que sentían los hombres de las cavernas de ponerlas á cubierto de los ataques de las fieras. Ahora han renacido apenas se decretó su muerte, porque los ciudadanos, incluso aquellos que profesaban de buena fe los principios más avanzados, han reconocido que sin los salvadores principios de la asociación y de la disciplina no era posible amparar la vida, la honra y los intereses de los ciudadanos contra las tropelías y desenfrenos de las hordas anarquistas, mil veces más terribles que los animales feroces que disputaban á las primitivas sociedades la posesión de la tierra.

Las agrupaciones de los vecinos de cada casa, concertándose con los de la misma calle, formaron el primer núcleo de defensa: luego depositóse la autoridad en las Juntas de barrio,

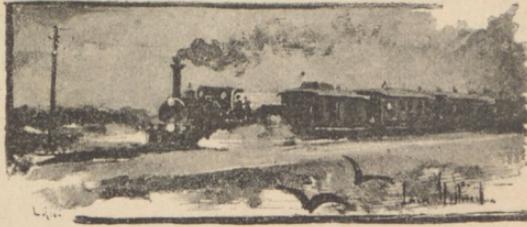
las cuales á su vez nombraron las de distrito, y éstas eligieron de su seno á los individuos llamados á tener la representación general. Así reconstituyóse el Municipio, del cual salió después el Gobierno.

Mas—con dolor lo digo, porque no he renunciado á mis ideales—la reacción ha tomado un carácter esencialmente burgués. Todos los socialistas somos objeto de desconfianza, y aunque contribuimos á la extirpación de la anarquía, nos vemos relegados de los cargos públicos. Esto produce vivísima irritación: la efervescencia cunde, y temo un conflicto.



Madrid, 10 de Agosto.

La mayor parte de los burgueses fugitivos han regresado á Madrid. Contra lo que era de prever en gentes acostumbradas á dejarse go-



bernar por los más osados, despliegan tal actividad y energía, muéstranse tan resueltos á intervenir en todos los actos de la vida pública, que en pocos días se han hecho dueños de la situación.

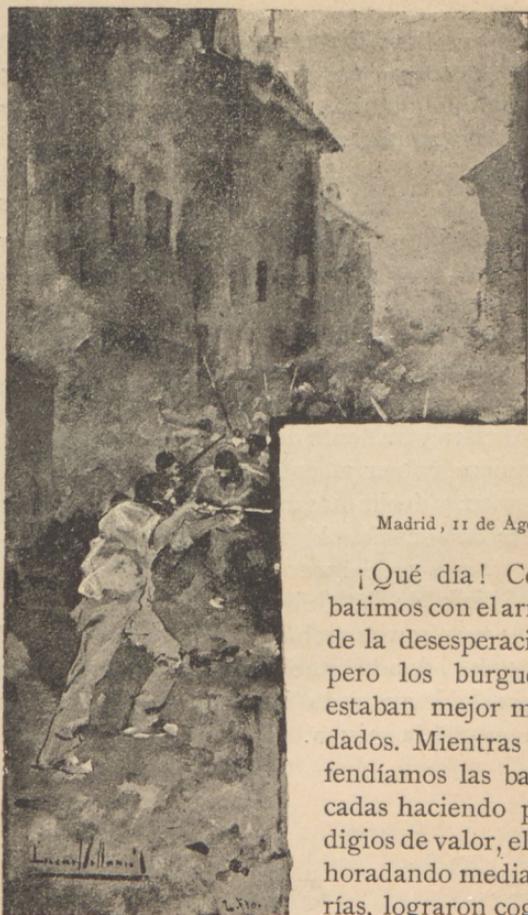
En cambio, nosotros, los antiguos y consecuentes socialistas, ni siquiera contamos con la fuerza del número. Muchos han desertado de las filas: unos, porque perdieron la fe en los ideales, después de sometidos al terreno de la experiencia; y otros, porque la miseria les arrastra á buscar el pan, y sólo puede dárselo la dirección inteligente, la perseverancia in-

cansable, el ahorro, resultado tal vez de grandes privaciones; en fin, lo que llamamos el burgués.

Vencida la anarquía, uno de los primeros actos del Gobierno, compuesto de comerciantes y antiguos militares, es decretar el restablecimiento de la Guardia civil.

Los socialistas consecuentes vemos en esta medida la señal clara y evidente de que se quiere volver al antiguo régimen, y decidimos dar un golpe de audacia. Al efecto intentamos apoderarnos del Ministerio de la Gobernación; pero somos rechazados hasta la plaza del Progreso, donde establecemos nuestro cuartel general, levantando barricadas en las calles afluentes á la misma.





Madrid, 11 de Agosto.

¡Qué día! Combatimos con el arrojo de la desesperación; pero los burgueses estaban mejor mandados. Mientras defendíamos las barricadas haciendo prodigios de valor, ellos, horadando medianerías, lograron coger nos entre dos fuegos, obligándonos á abandonar nuestras posiciones avanzadas primero, y luego la plaza, núcleo de nuestra defensa. Entonces se declaró la dispersión general. Yo eché á correr

por la calle de la Magdalena, y me refugié en una casa próxima á la plaza de Antón Martín, donde un brigadier de la reserva, amigo tuyo, compadecido de mi suerte, me dió hospitalidad, escondiéndome en su propio cuarto.



Madrid, 12 de Agosto.

Sigo en casa del brigadier; pero confío aban-



donar mañana mi forzosa reclusión y salir de Madrid.



Madrid, 14 de Agosto.

La *Gaceta* publica hoy un Decreto indultando á cuantos hemos tomado parte en el último movimiento; pero se nos obliga, bajo penas severas, á salir de Madrid en el término de cuarenta y ocho horas.

Ya presta servicio la Guardia civil, y se está organizando á toda prisa el Ejército. Muchas Juntas de provincias han reconocido al Gobierno central.

Se van recibiendo noticias de las provincias. Barcelona estuvo entregada durante cinco días al saqueo de las turbas anarquistas; pero los somatenes, que siempre habían mostrado vivísima repugnancia á la revolución social, bajando de la Montaña, se encargaron de restablecer el orden en la ciudad.

En Galicia, donde la propiedad estaba muy subdividida, apenas encontraron eco las predicaciones de nuestros hermanos de la Coruña y del Ferrol.

En Asturias se produjeron algunos desórdenes, pero quedaron limitados á Oviedo, á Gijón y á las cuencas mineras.

La población obrera de Somorrostro y del Nervión trató de proclamar la anarquía en Bilbao; pero el elemento burgués, dando pruebas de grande energía y vitalidad, logró poner á raya á los revoltosos, haciéndoles entrar en razón. En el resto de las Provincias Vascongadas y Navarra no se alteró la paz.



Zaragoza proclamó la revolución social; pero en la Junta prevalecieron los socialistas mansos, ó por mejor decir, algunas personas que tomaron el nombre de socialistas para encauzar el movimiento. Allí no hubo ataques á la propiedad: todo se redujo á suscripciones voluntarias para dar trabajo á los obreros que carecían de él. En los demás pueblos de Aragón, como dicen los diarios burgueses, imperó el buen sentido y no hubo disturbios que lamentar.

En la ciudad de Valencia se produjeron escenas análogas á las de Madrid; pero el exceso del mal dió por resultado la restauración de la burguesía. Más difícil fué poner en paz á los huertanos, que querían repartirse el agua á tiros desde la supresión del célebre Jurado de la puerta de la Catedral.

Los pueblos rurales de ambas Castillas permanecieron tranquilos; pues la incautación por algunos de dehesas boyales y de Propios, ena-



jenadas antes por el Estado, fueron hechos aislados que no revistieron importancia.

En cambio, en Extremadura y Andalucía, donde la tierra está en pocas manos, la revolución socialista y anarquista adquirió proporciones gigantescas. Los labradores se repartían la propiedad ajena como pan bendito, pero luego se disputaban entre sí la posesión de aquélla, con tal ahinco y ensañamiento, que á prolongarse mucho semejante situación, los campos hubieran quedado incultos y el país despoblado.

En los puertos de mar donde existían Juntas socialistas se suspendió el comercio marítimo, porque no hubo ningún capitán de buque que,

aun aumentando la dotación, se prestase á hacerse á la vela si se limitaba á ocho horas diarias el trabajo de los marineros. «¡ Cuando arrecia la tormenta — exclamaban — toda la gente es poca, y nos exponemos á irnos á pique por no vulnerar el principio fundamental de la

reducción del trabajo!» Los pescadores demostraron que en la mayor parte de los días serían infructuosos los resultados de su penosa



---

industria si se les mermaba el tiempo; pero las Juntas, resueltas á mantener su primitivo acuerdo, contestaron con esta frase: «Sálvense los principios y perezca la marina.»





## EPÍLOGO.

---

(CARTA DEL DOCTOR SUGESTIONES.)

ESTABLECIMIENTO HIPNOTERÁPICO.



Tetuán (provincia de Madrid),  
14 de Agosto de 1890.

Muy señor mío y de toda mi consideración: Con el título de la *Revolución social*, *La huelga de las mujeres* y *la anarquía* y *En plena anarquía*, he leído en *La Ilustración Española y Americana* tres artículos

firmados por usted, pero que no son más que extractos de varias cartas que le ha dirigido el compañero Espáñez. Al darlos usted á la imprenta ha creído que se trataba de un estudio profético acerca de la cuestión social, que está á la orden del día, como lo prueba el hecho de

que contestase al primer artículo con otro que lleva el epígrafe de *Después de la Revolución social* (carta futura al compañero Espáñez); pero lo que ignora usted, sin duda, es que su amigo, el autor de aquellas epístolas, padece de enajenación mental desde principios de Mayo último, en que ingresó en esta su casa (calle de Chamartín, núm. 2), y cree firmemente cuanto refiere en sus escritos, hasta el punto de que durante la época en que en su extraviada fantasía se consideraba preso en la Cárcel Modelo ó escondido en casa del brigadier, no quería salir un punto de su cuarto, y á despecho de los ruegos y aun de las amenazas, porfiaba en permanecer en su voluntario encierro.

Para curarle de su extraña locura apelé al moderno sistema del hipnotismo, aunque, á decir verdad, con mucha desconfianza de varios de mis colegas y aun mía, porque una larga práctica nos demuestra que no hay nada más difícil que volver el juicio á los que lo pierden buscando la solución de problemas irresolubles de la filosofía, la ciencia y la política. Al efecto, durante algunos días sometí á mi cliente al sueño hipnótico, sugiriéndole ideas, razonamientos y representaciones de hechos que él trasladaba después al papel (1). Tal fué el ori-

(1) El olvido, al despertar, de los hechos que se han realizado durante el sueño hipnótico, se observa también en la mayoría de los casos de somnambulismo natural, con el

gen de las cartas por usted recibidas y publicadas sintéticamente en *La Ilustración Española y Americana*.

Mas debo confesarlo con ingenuidad y franqueza: mi tratamiento no da resultado alguno. Los ejemplos de socialismo práctico sometidos diariamente á la imaginación de mi enfermo, no le han curado de su tenaz monomanía, pues conserva, según dice, puros é incólumes los ideales de toda su vida.

No me causa, sin embargo, asombro que un pobre demente, á despecho de verdades para él evidentes, persevere en sus extravíos, cuando hay tantos cuerdos, ó á lo menos que pasan por tales, que son capaces de insistir en el error contra la realidad de las cosas más claras y fuera de duda.

Por lo demás, crea usted que me inspira

---

cual tiene tantos puntos de contacto el somnambulismo artificial; pero este olvido no es absoluto. Basta sugerirle al sujeto durante su sueño, para que recuerde al despertar todo lo que ha oído, hecho y dicho durante el sueño; pero es absolutamente preciso que se le haya hecho la sugestión.

.....

En resumen. El recuerdo de los estados de conciencia (sensaciones, actos, pensamientos, etc.), del sueño provocado, está abolido al despertar; pero este recuerdo puede ser reavivado por sugestión, ya temporalmente ó ya de una manera permanente. (*El Somnambulismo provocado*, estudios fisiológicos y psicológicos, por H. Beaunis.)

profundísima lástima su desventurado amigo. De apacible y blanda condición, generoso hasta privarse de lo necesario por complacencia, con dotes de cultura nada comunes, inspirándose en sentimientos nobles y levantados, y en el concepto más puro de la Divinidad, sólo cuando le hablan de los problemas sociales ó piensa en ellos, á semejanza de lo que acontecía al héroe inmortal de Cervantes con los libros de caballerías, pierde el juicio, se exalta y enardece, y poseído de furioso acceso, profiere amenazas de muerte contra personas que no le han causado daño alguno y que acaso no tienen más delito que vivir con holgura, gracias al honrado fruto de su trabajo ó del de sus mayores. Entonces, repitiendo cuanto oía en las reuniones socialistas, origen principal de su enfermedad, de las cuales era concurrente asiduo, llama ladrones, asesinos y antropófagos á los burgueses, dirige violentos apóstrofes á la prensa infame y á los publicistas miserables vendidos al oro del despotismo patronal, ensalza la regeneración del proletariado cimentada en el mejor reparto de la riqueza colectivamente producida y en la jornada de ocho horas como máximo, se revuelve airado contra todos los poderes de la tierra, y por fin, él, que se persigna al levantarse y frecuenta el oratorio, niega resueltamente á Dios, diciendo que por el mero hecho de tratarse de una creencia tan antigua, es

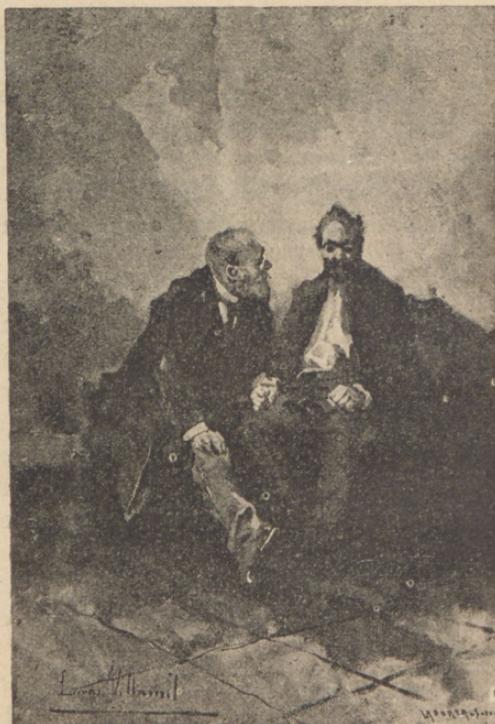
reaccionaria, y que por lo tanto debe sacrificarse en aras de la consecuencia científica y de los ideales progresivos.

Ahora supone que ha triunfado la restauración burguesa, y esto le enfurece de tal modo, que hay que apelar á la camisa de fuerza. Para ver si calmaba algún tanto su agitación, me propuse hoy someterle al sueño hipnótico, y no sin gran trabajo, después de varias tentativas infructuosas, logré dejarle profundamente dormido.

—Quiero—le dije —que se ilumine tu inteligencia y que conserves fielmente en la memoria tus sueños anteriores. En ellos se resume el proceso del socialismo; pero si no son bastantes los ejemplos que te he presentado, si no te has convencido, como parece, de lo ilusorio y quimérico de tus teorías, si sólo obtuve cierta vacilación en tus convicciones, escucha atento lo que voy á manifestarte, con la sinceridad de quien sólo desea tu bien y el de los proletarios, cuya causa tan noble é insensatamente defiendes.

¿Qué quieres tú, y contigo tantos infelices desheredados de la fortuna? La distribución más equitativa de la riqueza colectivamente producida, ¿no es cierto? Pues bien; pueblan la tierra 1.400 millones de seres humanos, y no pueden comer pan de trigo ni siquiera la cuarta parte, aun forzando la producción en

las zonas donde adquiere completo desarrollo aquella gramínea, cuyo producto constituye el



mejor don que debemos á la Naturaleza. ¡Ah!  
¿Ignoras acaso que en el mero hecho de llevar  
á tu boca un pedazo de pan de trigo ya eres un  
ser privilegiado sobre la tierra, un burgués?

Mas, concretándome á España, ¿no sabes, sin duda, que el importe anual de las utilidades y de la riqueza en todas sus manifestaciones, asciende, según los cálculos más optimistas, á 10.800 millones de pesetas, y que repartida esta suma entre los 24.400.000 españoles de ambos mundos, tocamos apenas á *una peseta y veinte céntimos* al día por cabeza?

¡Al invocar á cada momento lo que llamáis vuestras reivindicaciones, fijáis la vista en los contados favorecidos de la suerte, que ocupan un nivel superior al vuestro, no ante la ley que nos iguala á todos, sino en el orden del bienestar material, sometido á eterno desequilibrio, y no bajáis los ojos hacia tantos millones de hombres, tan españoles como vosotros, que viven condenados á alimentarse unos, en nuestra propia Península, con pan de borona, y otros, allá, bajo los trópicos, con un puñado de palay ó con los frutos espontáneos del suelo!

Habláis de las escandalosas riquezas amasadas con el sudor del pobre obrero, olvidando sin duda que en los Estados Unidos, el país de los mayores capitalistas del mundo, de las cincuenta grandes fortunas sólo una ha sido adquirida en la industria manufacturera, y que aquí en España los beneficios obtenidos en general por las fábricas fluctúa desde el 8 al 2

por 100 anual, constituyendo una excepción las que consiguen actualmente mayores beneficios; pero en cambio no faltan algunas que no producen rendimiento alguno.

¡Y á pesar de esto seguiréis declamando contra el capital, sin tener en cuenta que vuestras amenazas servirán sólo para alejarlo de la industria que proporciona el sustento á los mismos á quienes deseáis favorecer y redimir!

¡Yo te conjuro con toda la fuerza sugestiva de que dispongo, á que vuelvas á la razón, y abjurando tus ideales socialistas, te limites, si quieres ser verdaderamente útil á la causa de las clases proletarias, á reclamar para ellas del Estado, además de la igualdad legal, la protección del débil y del inválido del trabajo; la equidad y moderación en los tributos indirectos que afectan en particular al pobre; el respeto, cuando no la ayuda, á la iniciativa individual, encaminada al fomento de la industria y de la riqueza imponible; el amparo de la producción nacional y el estímulo y recompensa al mérito adquirido en las nobles luchas de la actividad humana!

Ordené después á Espáñez que conservase de una manera permanente el recuerdo de sus alucinaciones, y le desperté.

Abrió los ojos, estuvo pensativo durante largo espacio, como si meditase sobre su sueño,

y cuando yo esperaba alguna muestra de persuasión, dijo, mirándome fijamente:

—Todo se vende al oro patronal. ¡Esos infames burgueses hasta han sobornado á la Lógica!





# ÍNDICE.

---

	<u>Páginas.</u>
El socialismo. . . . .	7
La revolución social. . . . .	85
Después de la revolución social. . . . .	119
La huelga de las mujeres y la anarquía. . .	135
En plena anarquía. . . . .	155
La restauración burguesa. . . . .	179
Epilogo . . . . .	193

---



## OBRAS DEL MISMO AUTOR.

---

POESÍAS (1860).

LA BATALLA DE PAVÍA. (Canto épico, premiado con el laurel de plata y el título de socio profesor, en el certamen literario celebrado por el *Liceo de Málaga* en 1861.)

ALEMANIA É ITALIA EN 1866. (Apuntes para un libro con datos, noticias y documentos sobre la guerra de dicho año, recogidos en el teatro de la misma.) (*Agotada.*)

COMPENDIO DE GEOGRAFÍA UNIVERSAL. (*Agotada.*)

POR LOS ESPACIOS IMAGINARIOS (con escalas en tierra). Precio: DOS PESETAS en casa de Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, 2, y principales librerías.



